

ANTONIO VILLANELO HERRER

MUNDO SUPER  
MUNDO



Viña del Mar

1937

Rela 36 -

OTRA 190 2000

MUNDO Y SUPERMUNDO



EDICIONES CRISAMOR

Luz y Materia. — Ciencia y Análisis



ANTONIO VILLANELO HERRER

---

# Mundo y Supermundo

HISTORIA DE UN MUERTO

NARRADA POR EL MISMO

VINA DEL MAR

---

1987

---

ES PROPIEDAD

---

Imp. "Aurora de Chile".—Valp.

## DEDICATORIA

Esta obra que muestra dentro de una narración amena y fantástica la concepción moral de enseñanzas filosóficas que deben ser valoradas con detenimiento y justa comprensión, está dedicada no sólo a las personas de sentimientos elevados o de una severa ética religiosa, sino más propiamente a los escépticos, ateos y materialistas que viven reclamatione clavados en la adormecedora friyolidad de la vida material, despreclando las nobles lides del espíritu y haciendo abstracción completa de pensamientos justos que tengan relación con el futuro que a todos nos aguarda, en una fecha próxima o lejana, pero evidente y certera. Y ese futuro que es la tumba a donde vamos a reposar pladosamente, esconde bajo la muda y fría loza, misterios inescrutables que muestran con elocuencia severa, que hasta esa tumba sólo llegan y se estrellan el orgullo, las pompas y demás falaces engaños de la vida.

Por este motivo, o más bien austeras razones, estimamos que la divulgación de este libro se impone y puede ser provechosa para muchas personas que acaso necesiten consejos y sanas enseñanzas. Un deber fraternal nos obliga entonces a rogar al lector o a quien compre esta obra, la haga circular entre sus parientes y amigos, como una débil muestra de amor humano y franco repudio al egoísmo, y también como una deferencia espiritual muy honrosa para quien la ha escrito.

EL AUTOR.

## **Don Antonio Villanelo Herrer**

En la difusión de teorías y doctrinas filosóficas, políticas o sociales se suele recurrir a la fantasía, en la forma novelesca, grata a todos los espíritus.

En este libro del señor Villanelo, encontramos la antigua metempsicosis de los egipcios, que espiritistas y teósofos se han apropiado y cultivan.

La idea del bien y del mal, como atributo del universo, de igual origen, trasciende en esta filosofía.

Y se nos presentan críticas aceradas a nuestro vivir presente, con sugerencias simpáticas sobre la constitución de una nueva sociedad.

Para el autor no hay el "más allá del bien y del mal" de Nietzsche. Podría suponerse que se tratara de una idea del hombre exclusivamente, y que como el tiempo, que está, que no pasa, las cosas sean como son, ni buenas ni malas, inmutables como el tiempo que está, que no pasa.

La erudición del autor, ropaje admirable de sus ideas, hace atrayente la lectura, por la diversidad de materias que trata en tan breve espacio.

El señor Villanelo es un artista. Es un pintor que llena su vida con su obra de cultor de la belleza.

Igual que el pincel maneja la pluma, pacientemente, para terminar una obra atildada y llena de luces.

De temperamento introspectivo, es de esos hombres que llevan su mundo dentro de sí mismos, aislados en la modestia, complejo de inferioridad en una inteligencia superior, el señor Villanelo se presenta por primera vez al público lector de libros, no obstante su larga labor inédita.

Por esta obra lo empezamos a conocer.

**Doctor LAUTARO PONCE.**

## CAPITULO I

El Instituto Espiritista de la calle de Aldunate estaba lleno aquella noche de una concurrencia singular, abigarrada y heterogénea compuesta de damas y caballeros en su mayoría, pero también de empleados, obreros y humildes mujeres hijas del pueblo.

Había ahí, en aquel amplio y extenso salón, personas de todas las clases sociales, de todo lo que en la ordinaria vida humana distingue de un modo severo y crudo la fortuna adquirida o heredada, los quilates de la educación, la cultura e instrucción y otros tintes o aspectos variados que forman el injusto tablero en que están catalogados los individuos que forman la sociedad moderna.

Mas, si en ese salón existía aquella diferencia de grados sociales, una escala completamente pareja e igual de recogimiento, unción y respeto embargaba las almas de los concurrentes, las unía en una especie de sopor místico que las elevaba muy por encima de los humanos y polutos prejuicios, y hacía mantener atentas las mentes y absorta la atención de todos y absolutamente todos, en la lectura de algunos interesantes mensajes es-

piritistas que el secretario de la institución leía y que, a guisa de acta, se referían a la sesión anterior.

Aquellos mensajes mostraban novedades, tesis y doctrinas demasiado maravillosas para el común conocimiento de la gente. Eran rutas nuevas, enseñanzas de una ética desconocida, pero severa, austera, justa y santa.

Las personas que por primera vez asistían a esas misteriosas sesiones psíquicas estaban justamente maravilladas. Los socios y adeptos a aquellas experimentaciones un tanto metafísicas y abstractas, según se miren los estudios psíquicos, estimaban dichas cosas como algo corriente y natural, puesto que en esas veladas hablar y recibir mensajes de los muertos era lo que por lo general y comúnmente acontecía.

No menos de una docena de mediums formaban el acervo telepático y científico del Instituto, mediums de todas las categorías y de diferentes poderes psíquicos; desde el simple pensador o mental, hasta el escribiente literato, el somnilocuo, el parlante y el clarividente que veía por los humanos ojos físicos de su ropaje carnal, el enjambre de seres incorpóreos o etéreos que poblaban o ambulaban en la atmósfera del salón.

No hay lugar a dudas que esto es esencialmente maravilloso, pese al excepticismo e incredulidad de los ateos y libre pensadores que niegan estos fenómenos o cuando más les conceden un orden lógico y materialista, hasta el día o momento en que después de presenciarlos y exigir irrefutables pruebas, como le aconteció a Lombroso, se declaren convencidos partidarios y corifeos de la ciencia espírita.

La noche en que inciamos este relato era, o más bien fué fecunda en fenómenos de todos los matices espiritistas.

Cuando el presidente del círculo ordenó leer la oración de ritual que se acostumbraba para atraer a los buenos espíritus y los mediums cayeron en trance, se reci-

bieron maravillosos mensajes transcritos por los mediums escribientes. Los parlantes en estado somnanbúlico recitaron o pronunciaron elocuentes y sapientísimos discursos, charlas verdaderamente interesantes y novedosas de la vida ultra-terrena. Los clarividentes anunciaron que veían en el espacio a mujeres, hombres y niños que sonreían, gesticulaban y les hacían señas. Aquellos fantasmas eran de diferentes cataduras, simples particulares algunos, pero otros demostraban ser sacerdotes, monjas, sabios ancianos de lengua barba y paternal figura, marinos, militares, etc.

Los clarividentes dijeron asimismo, que siendo la concurrencia bastante numerosa esa noche, el fluido magnético que existía en el salón era tan potente, que esos fenómenos que ellos sólo presenciaban, podrían ser admirados por todos los presentes siempre que se apagaran las luces y se mantuviera recogimiento y silencio.

La demanda de los mediums fué inmediatamente aceptada quedando la sala en una discreta penumbra que hacía muy posible las anunciadas apariciones. En cuanto al silencio y recogimiento, ellos eran absolutos, el vuelo de una mosca se hubiera sentido en forma estrepitosa; casi se podía asegurar que el latido de los corazones era claramente perceptible a la distancia.

En cuanto a las visiones, no se hicieron esperar mucho: una tenue y tibia brisa se sintió en la atmósfera de la sala y un batir de alas de seda, sutiles y acariciadoras se dejó oír en seguida, apareciendo, acto continuo, a espaldas del maestro o hierofante, y en la testera del salón, una gigante mariposa que cubría todo el lienzo de pared. Era una mariposa tan bella, que su descripción es totalmente imposible: unidas a los colores maravillosamente combinados, que un artista habría sido incapaz de ejecutar, se hallaban las facetas brillantes que adornaban las alas, facetas como ascuas o puntos luminosos, que daban la impresión de una cascada de purísimos brillantes emergiendo resplandores y rayos que iban a alum-

brar y quebrarse en la calva y los hombros del maestro que gravemente se mantenía con la cabeza caída sobre la mesa.

Si este espectáculo se hubiera presenciado en un teatro, una estruendosa salva de palmoteos habría coronado su aparición, y hasta el espectador más frío y parco a los aplausos hubiera sido impulsado a hacerlos. Aquí, en cambio, un aplauso habría sido un sacrilegio u acto profano, irreverente, punible y merecedor a la protesta de todos.

El entusiasmo y la aprobación se mantenía en los corazones o cuando más en las lágrimas que brotaban de muchos ojos y perlaban juveniles y hermosas mejillas femeninas.

La visión tuvo una duración fugaz; apenas fué visible durante un par de minutos, después desapareció para dar lugar a manos que volaban y hacían señas agitando los dedos, y otras que llegaron a acariciar con palmitas suaves las mejillas de jóvenes mujeres y caballeros.

Y como si todo lo presenciado fuera poco, uno de los mediums que estaba en trance, de un fuerte poder magnético sin duda y que posiblemente, con su recia potencia psíquica hiciera visible aquellas maravillas que se admiraban, principió a elevarse poco a poco del suelo, sin sostén ni truco alguno, seriamente, limpiamente, hasta alcanzar una altura de metro y medio sobre el pavimento. Pasados primero un bastón y después una persona por debajo del cuerpo del medium se vió que no existía engaño posible.

Este fenómeno de levantamiento que espiritistamente se denomina levitación, ha sido el bagaje de maravillas o actos milagrosos de varios santos de la iglesia, pero también, doloroso es decirlo, de muchos mediums bellacos o magos negros que han ejecutado análogos fenómenos o proezas.

Encendida la luz, se entró a la segunda hora de la sesión destinada a leer trabajos de los socios, a aclarar

dudas y conceptos, formular preguntas, etc. Era una buena y simpática hora y media, sabrosa e interesante, salpicada de la más variada gama de incidentes, triviales, grotescos, jocosos e interesantes muchos; pero todos relacionados con espíritus, martinicos, duendes, fantasmas y trasgos. Y todos sufridos o presenciados por alguno de los concurrentes.

Ofrecida la palabra por el maestro a alguien de los circunstantes que tuviera un hecho o novedad que relatar, se paró, acto seguido, un personaje que asistía a esas sesiones por primera vez. Era un tipo singular y raro, si nos atenemos a su aspecto y desgarbada figura. Portaba un infolio en la diestra y mostraba o tenía todas las trazas de un escritor o artista en desgracia. Su indumentaria, aunque cepillada y limpia era raída; la camisa y corbata bastante deshilachadas; la barba un tanto crecida; la cabellera larga, poblada y negra; los ojos velados por los cristales grises de unos quevedos proyectos, montados sobre arcos de carey con cadenilla de metal; el rostro magro y pálido; la nariz larga y la boca ancha y cavernosa, mostrando dientes largos y recios como los del jabalí.

Hemos dicho que el personaje era singular y raro, añadiremos ahora que también era misterioso y hasta si se quiere fantasmal. Parecía el habitante de un mundo lejano, una aparición de media noche bajo los cipreses de las tumbas, un industrial de pompas fúnebres, un sepulturero o tal vez un vampiro que se alimentaba de sangre y glándulas humanas.

El pobre hombre semejaba toda la escala cromática y escalofriante de la muerte, más no era nada, o si se quiere sólo un poquito de ella, puesto que declaró ser médium y tener que leer un trabajo o mensaje importantísimo de ultra-tumba.

—Mi caso, venerable maestro y distinguidos oyentes, —argumentó con una voz destemplada y fúnebre que se hacía interesante en aquel ambiente destinado a lo ma-

cabro y misterioso—difiere en absoluto de todo lo que habéis visto y oído en ésta y en otras muchísimas sesiones más; es algo que sale de lo común, que traspasa los umbrales de lo concebible y llega al terreno de lo maravilloso, de lo misterioso e incomprendido, es maestro—siguió diciendo con un acento marcadamente patético—la historia de un muerto narrada por él mismo.—Es, además, el descorrimiento del velo, la separación de la lápida monstruosa e inescrutable que cubre nuestra mente.—Es la lámpara que alumbra nuestros pasos, el faro que guía y muestra con sus potentes rayos un sendero seguro al caminante extraviado en las dunas infinitas del egoísmo humano, sardónico y salvaje, que corroe y cubre cual montaña o mar de arena este bajo mundo.—Es finalmente la esperanza, la ruta y la brújula infalible para orientarse en la gestación que vamos haciendo hacia la muerte o al super mundo adonde forzosamente vamos y debemos llegar.

Se interrumpió nuestro hombre para desplegar el infolio que portaba nerviosamente en la mano, y se aprestó a leerlo.

El exordio en que había hecho la apología del manuscrito era bueno sin lugar a dudas. Se paladeaba en él, un aperitivo un tanto agradable, lleno de promesas de misterio y novedad; algo que salía del común marco, en aquel ambiente siempre dispuesto a mostrar lo mismo y nunca a descifrar nada. Igual acaso al lector que leyera un volumen de aventuras y homéricas hazañas ante un auditorio analfabeto, pero pletórico de ansias y deseos de aprender a leer.

Nuestro personaje, pues, nos iba a revelar el misterio y sacarnos de una errada concepción antropomórfica de una Divinidad iracunda y vengativa y enseñarnos, por el contrario, el alfabeto de un lenguaje desconocido y maravilloso que nos mostraría al desnudo la solución de un problema intrincado y difícil, que ha apasionado en todas las épocas a pensadores y sabios y hasta al amorfo

público que mora al márgen de los conocimientos científicos. Un problema sin solución hasta el presente, apasionante, serio e importantísimo que tiene defensores e impugnadores, y que, no obstante algunas modernas luces mostradas por Crookes, Flamarión y Lombroso, aún no se consigue incubarlo en la ciencia positiva de los sabios materialistas, quienes le asignan despectivamente el nombre de abstracto y metafísico.

Una cuestión a todas luces importante en la hora presente que es de crisis y renovación, una cuestión que debe ser dilucidada sin demora ante la corrupción que crece y se extiende como la sombra, trayendo tras esa sombra un peligro evidente y manifiesto que merece ser considerado. (1). "Una sociedad no puede perecer—dice un gran filósofo ocultista—aunque lleve en su seno elementos de descomposición siempre contendrá los gérmenes que la han de transformar y redimir. La descomposición anuncia la muerte, pero en cambio, precede al renacimiento. Puede ser el preludio de otra vida.

¿De dónde vendrá la salvación? No de la Iglesia.

La iglesia es impotente para regenerar el espíritu humano.

Tampoco de la ciencia. No se ocupa ni de los caracteres ni de las conciencias, sino tan sólo de lo que afecta a los sentidos; y nada de lo que constituye la vida moral, los grandes corazones y las sociedades fuertes: la abnegación, la virtud, el amor al bien, nada de eso puede ser percibido por los sentidos.

Para levantar el nivel moral, para detener la doble corriente de la superstición y del escepticismo que conducen a la esterilidad, lo que hace falta es una concepción nueva del mundo y de la vida que, apoyándose en el estudio de la naturaleza y de la conciencia, en la observación de los hechos y en los principios de la razón, fije el objeto de la existencia y ordene nuestra marcha

---

(1) León Denis.—Vol. "Después de la Muerte".

progresiva. Lo que se necesita es una enseñanza de donde se desprenda un móvil de perfeccionamiento, una sanción moral y una certidumbre para el porvenir.

Pues bien, esta concepción, esta enseñanza existen ya y se vulgarizan todos los días. En medio de las disputas y de las divagaciones de las escuelas, una voz se ha dejado oír, la voz de los Muertos. Del otro lado de la tumba han revelado estar más vivos que nunca, y ante sus instrucciones el velo que nos ocultaba la vida futura se ha rasgado.

La enseñanza que nos dan reconciliarán a todos los sistemas enemigos, y de los escombros, de la ceniza del pasado, hará brotar una llama nueva. En la filosofía de los espíritus volvemos a encontrar la doctrina oculta que abraza todas las edades, haciéndolas revivir bajo formas más grandes y más puras. Reune sus restos esparcidos y los amasa con un fortísimo cemento para reconstituir un monumento grandioso capaz de cobijar a todos los pueblos y a todas las civilizaciones. Para asegurar su duración, lo asienta sobre la roca de la experiencia del hecho constantemente renovado. Y, gracias a ella, vemos desenvolverse a los ojos de todos, en la espiral infinita de los tiempos, el drama inmenso de la Vida, de la Vida inmortal, con las existencias innumerables y los progresos interesantes que reserva a cada uno de nosotros en la escala colosal de los Mundos.

Semejante doctrina puede transformar pueblos y sociedades llevando la luz doquier haya tinieblas, derritiendo con su calor todo el hielo y el egoísmo acumulados en las almas y revelando a todos los hombres las leyes sublimes que los unen con los lazos de una estrecha, de una eterna solidaridad. Hará la conciliación por medio de la paz y la armonía. Por ella aprenderemos a obrar con el mismo corazón. Y la humanidad consciente de su fuerza, avanzará con paso más firme hacia sus magníficos destinos".

Después de tan elocuentes y sabias palabras del bri-

llante escritor espiritista, que las aprobamos y las hacemos nuestras en gran parte, debemos volver a nuestro singular personaje que principió al fin a leer las carillas, ante el silencio y la expectación de un público anheloso de escuchar revelaciones sensacionales y maravillosas.

Desde este momento haremos abstracción de él, su personalidad desaparece, igualmente la concurrencia que lo escucha y puebla la sala del Instituto, y hasta nosotros mismos también, atentos como vamos a estar de la lectura de una historia maravillosa, que embargará nuestros sentidos y nos hará conocer regiones inexploradas por el hombre terrenal; siempre atado al carro físico, al dogal o grillete de fuerte y pesado hierro, e impotente para cruzar el éter y llegar arriba, en que, según se nos asegura, hay otro mundo poblado como aquí. Donde encontraremos parientes, amigos y conocidos y adonde forzosamente debemos ir en el momento menos pensado; sin que sea fantástico ni utópico pensarlo, y menos negarlo, ya que el negro carro cruza diariamente las calles ciudadanas transportando la fúnebre carga y mostrando certera y gráficamente un ejemplo que la terca frivolidad de los hombres aparenta no comprender.

## CAPITULO II

FUI en el mundo un ser bastante desgraciado—fueron las primeras palabras que dejó oír el lector.—Fuí sin duda señalado con el sello indeleble o la marca candente de un Destino inexorable, que debía hacerme arrastrar en la tierra un fardo o pesada cadena de sinsabores y desgracias, fardo o cadena que doblaría mis espaldas y llagaría mis pies en forma despiadada y terrible.

Desde los albores de la infancia sufriría en carne propia los mordiscos furiosos de la adversidad. Ni la inocencia que emana a raudales sobre la cabeza de esos ángeles terrestres llamados niños, ni las austeras costumbres de un hogar eminentemente cristiano y virtuoso, serían dique suficiente que se opusiera a los furiosos embates de una desgracia que hoy la considero lógica, y entonces la estimaba injusta y severa.

El hombre desgraciado necesita en la tierra fuerza suma de fé, para no flaquear ante el cúmulo de sinsabores que le reserva la vida. Necesita perseverancia y denuedo heróico para no desmayar en la cruenta lucha con el mal, en que siempre el virtuoso es víctima propiciato-

ria en el altar del egoísmo levantado y adorado por los demás hombres.

Es un dólmen o ara maldita que los humanos han edificado desde edades milenarias, monumento gigante de privilegios e injusticias, férrea fábrica y endemoniada trabazón de sangre y lágrimas, de agonías y maldiciones, de impiedad y maldad que sume al mundo en una cortina negra y bermeja de humo meffítico y pestilente.

Nacer en ese medio, es igual que si una madre diera a luz un hijo en una cueva de la selva habitada por hienas y chacales. Es como venir al mundo en un desierto de candentes arenas en que falten la vegetación y la vida, o sobre un pequeño islote de la costa azotado furiosamente por el rayo y las tormentas. Esa es la vida, ese es el destino para ciertos seres predestinados a ser fanales y brújulas, cultores y propagadores de la fé y de la enseñanza diáfana de la justicia y la verdad. Esa es la suerte que espera a los redentores: llevar la eterna cadena en la vida, sufrir los mordiscos de los lobos, tener sed y hambre en el desierto desorientado de la incomprensión, y estar expuesto a ser herido por el rayo o arrastrado por el yendaval antes de la crucifixión final, que lo liberará al fin de la carga de peregrino que llevó en esta tierra.

Lógicas son esas cosas cuando desde aquí se miran y se observan, que nebulosas son allá cuando se vive y se sufre entre ellas, sin tener la pauta ni merecer la solución de un problema que se presenta con todos los caracteres del misterio y de la más cruel injusticia y alevosía.

Y cuando el hombre para sufrir más es poseedor de una sólida instrucción terrenal, cuando se es filósofo o pensador, psicólogo o sabio, ese problema se presenta más cruel y sombrío todavía; es tenebroso y punzante cual saetas ígneas de acero que atenacean el alma y la carne, desgarrándolas en girones sanguinolentos y horripilantes.

Esa es pues la cruz de los mártires, el destino de los

buenos y de los elegidos, ya que en la escala graduada de los conocimientos, los seres más adelantados son los más sensibles a los embates recios del huracanado mar de la vida.

La naturaleza muestra entre sus muchas especies de animales, sean insectos, reptiles, mamíferos, etc., que hay unos demasiado sensibles y otros de una escasisima sensibilidad, un ejemplo elocuentísimo que se repite entre los hombres en una forma demasiado gráfica y marcada.

.....

Fuí el hijo de un médico eminente a quien sonreía la fortuna y el afecto de cientos de personas, que habían sido salvadas con su ciencia de la muerte o de serias enfermedades. Era un verdadero sacerdote o más bien un apóstol que cultivaba su saber con un amor de místico. Su profesión le significaba todo y la anteponía al afecto de la misma familia. Un enfermo era para él algo sagrado. Un llamado a media noche, fuera en invierno o en verano, no admitía réplica ni análisis; el deber y el deber ante todo, decía, y sin preocuparse de que hubiera frío o la lluvia cayera copiosamente, el médico marchaba a ver al paciente que lo aguardaba.

Este hombre eminente, este verdadero sacerdote de la ciencia y el deber, rindió la existencia en la aciaga época del Cólera que azotó a Chile en el año 1887, y que en forma de cortina gigante de luto y crepsiones funerarios cubrió al país de sur a norte de su extenso territorio.

No podía mi padre retraerse en el cumplimiento del deber, en una época angustiosa en que parecía que la desesperación anidaba en todos los espíritus, y en que los médicos más que nadie eran los hombres a quienes se clamaba con alaridos de dolor, pidiendo misericordia y atención para el deudo amado, para una madre o un hijo heridos por el siniestro huésped asiático, que se cernía sobre un dosel de tibias y calaveras en el suelo americano.

En un apartado villorrio del departamento de Los Andes, rindió su vida el abnegado médico, lejos de los suyos, sin estrechar la mano de su esposa ni esperar que su amorosa compañera le cerrara los ojos. Ni siquiera un mísero girón de parda tierra pudo guardar sus restos, ni una lápida o una cruz señalar la tumba del heroico apóstol del deber. Su cuerpo fué quemado en una gigantesca pira de cadáveres, junto y en unión de los demás coléricos heridos por la muerte. Bendita sea su memoria, paz tenga su espíritu y recompensa quien supo honrar la vida y enaltecer el deber.

Desaparecido mi padre, el infortunio se abalanzó vertiginosamente sobre nuestro hogar. Los bienes quedados, que no eran muchos, desaparecieron en poco tiempo, algunos robados y otros perdidos lastimosamente por mi pobre madre, que en esto de manejar hacienda y cuidar bienes era una verdadera nulidad.

Sólo dos años más pude seguir mis estudios, porque la renta no alcanzaba para los gastos que comúnmente demandan los estudios universitarios. Apenas si llegué a cursar tercer año de humanidades en un liceo provinciano. Y por ello hube de emplearme de suchi de oficina en una maestranza, y estar bajo las órdenes de un gringo cascarrabias y beodo de whisky y cerveza. Ahí sufrí las mil y una calamidades hasta retirarme completamente hastiado al taller de un maestro pintor que me enseñó su arte.

De aquí data la segunda parte de mis desgracias. En esa época murió mi pobre madre, a causa de la privación de comodidades hogareñas de todo orden, a que no estaba acostumbrada y por una enfermedad pulmonar que fué minando poco a poco su existencia.

Mi sueldo demasiado exiguo no cubría mis necesidades, por lo cual y con el fin de tener un hogar seguro, me casé con una pobre joven costurera, muy virtuosa y muy honrada, pero que sólo me dió hijos y mayor miseria si se quiere. Hijos a quienes no debo recordar, puesto

que cada uno tiene su responsabilidad y su destino que cumplir en la vida; y la paternidad y el parentesco terminan una vez destruida la materia, de quien, en realidad, sólo somos progenitores.

Entre mis quebrantos ruinosos, la pobreza y los continuos ciscos o reyertas que sufría en mi casa por la falta de dinero, pude, a pesar de ello, estudiar mucho con el objeto de llegar a ser un buen escritor, carrera o profesión en la cual ponen los ojos los estudiantes, que por alguna circunstancia no han podido obtener un título que les abra las puertas del éxito, o talvez, más propiamente dicho, conseguir un asiento en la mesa del festín de los privilegiados.

Después de múltiples sinsabores originados por la miseria, y más que nada por la incomprensión absoluta de mi familia, pude, no obstante, casi conseguir mi propósito, puesto que llegué a ser empleado en la redacción de un periódico de segundo orden. No pude avanzar mucho ahí a causa de la envidia de mis compañeros y la avidez sórdida de mis principales o patrones, que anteponian el lucro y el dinero a la justicia de las campañas e informaciones de la prensa honrada.

Esto no me desanimó en absoluto. Me retiré del periódico y seguí leyendo y estudiando sin descanso, hasta llegar a escribir varios libros que jamás pude publicar por falta de dinero, teniendo encima el tormento de ver aparecer a la faz del público obras de autores consagrados y super consagrados por un cenáculo de patanes ignorantes. Obras atentatorias a la lógica, al buen sentido y al lenguaje, anodinas e injustas, pero todas ellas destinadas a pregonar las bellezas del paraíso de los privilegios, de la canalla dorada y de la maldad.

Esto además de asquearme, me causó un dolor tan profundo, que hoy lo considero el dolor de los dolores que sufrí en la vida terrenal.

Fuí en seguida político, y mi talento fué utilizado por los corifeos de los partidos llamados populares, con

fines bastardos e interesados, corifeos que se elevaron por mí y gracias a mi ciencia y a mis consejos, pero que después ingratamente me volvieron la espalda.

Reconozco que esto fué otro dolor grande y acaso un lauro con que adorné mi frente para la vida ultra-terrena. Estimaba que en esos núcleos de luchadores proletarios no existía el egoísmo, y, por desgracia, lo ví patente y crudo; no envuelto en sedas y perfumes ni con frases alambicadas y retóricas como se acostumbra en el gran mundo, sino al desnudo, cual lacra gangrenosa y pestífera de un mal incurable.

Comprendí el fin de aquellos mendaces conductores de baja estofa y cerebro incipiente: que era sencillamente engañar a los oprimidos con promesas doradas jamás satisfechas, mantenerles latente el interés y la fé, mientras los miembros ateridos bajo los sucios andrajos pedían abrigo y las bocas hipertrofiadas y secas clamaban por un mendrugo de pan.

Y en todas partes donde clavé la mirada y dirigí la vista ví egoísmo y egoísmo; en todas las clases, en todos los órdenes, en todas las esferas. Desde el palacio a la cabaña y desde el hogar a la sinagoga. ¿Qué hacer entonces?: retirarme a la tebaida, cerrar los ojos a las maldades de los hombres, pero abrirlos mucho a la fé, rogar a Dios y creer fuerte y recio en una vida futura de justicia y amor.

Yo que siempre fui pasto de la injusticia y juguete del amor, que es el poquito de felicidad que existe en la tierra, no conseguí comprender ahí, que ese amor está ulcerado, y que para conseguirlo hay que ser egoísta y concupiscente y someterse a todas las trabas de un sentimiento catalogado y materialista.

Esto que narro ha sido un proceso largo lleno de alternativas y enseñanzas que siempre me hundían un codo en la tierra y me elevaban otro codo en el espiritualismo y la filosofía... Y llegó la proveyta edad, la vejez o la ancianidad, y al mirar atrás ví el largo cami-

no polvoriento y espinoso que había recorrido y respiré satisfecho. Sacudí mis sandalias y rendí adoración a Dios y a la fé. La experiencia me había convertido en un filósofo y un místico.

Y de aquí viene hermanos míos, para quienes escribo estos deshilvanos renglones, el sincero deseo de aconsejaros la fé, como el puro y posible manantial en que calmáis la sed de conformidad en vuestros infortunios y dolores.

Si el llanto es el verdadero y tierno amigo que lleva siempre consigo el corazón lacerado y enfermo, la fé es el escalpelo divino, guía seguro y potente faro que os alumbrará el lóbrego y desconocido camino que vais gestando hacia la eternidad.

### CAPITULO III

La vida, la desgraciada vida, cuántas enseñanzas muestra, cuántas amarguras y, sobre todo, qué pocas alegrías brinda para quienes no están saturados de la comprensión y la fé.

A donde dirijáis la vista veréis siempre el dolor, erigiéndose y enseñoreándose como un amo absoluto sobre el reinado terrestre. Es éste su pináculo, su altar o solio soberano reciamente fortificado e inexpugnable, en que sienta su planta membruda y poderosa, siempre regada por las lágrimas del infortunio y la amargura.

Si a la luz de la justicia y la verdad analizáis las causas generadoras de este dolor, veréis que en sus tres cuartas partes es ocasionada por los mismos hombres: por su sórdido y criminal egoísmo, por su avaricia y falta de fé, en que anteponen los torpes vicios del mundo a la moral y divino amor a la humanidad.

Los hombres se han creado un laberinto gigante, intrincado y difícil de salvar, encerrados como están en la ciénaga o tremedal peligroso de las pasiones avasalladoras que les corroen el alma y les anestesian la conciencia.

El loco carro de ansias y predominio fratricida marcha vertiginosamente al despeñadero, al precipicio y al caos tenebroso en que perece todo lo que es negro, amoral, injusto y malo.

Y ante este egoísmo negativo de bondad y amor y pletórico de maldad, sienten horror a la muerte que les quitará la quijada de caínes, los despojará del cetro privilegiado y los lanzará a la nada; a esa nada que es verdadera noche cósmica de los réprobos y malvados.

Más, el humilde y el bueno nada temen, y al contrario desean la pronta aparición de la enlutada portadora de la liberación y el descanso, adornada de blanca clámide y verdes olivas de paz antes de la guadaña segadora de la vida.

¿O muerte temida, qué calumniada sois y cuán poco se comprende vuestra liberadora misión?

.....

Una fina lluvia de blancos copos que al fin han formado una cortina o gruesa alfombra impenetrable a la mirada y la comprensión, ha cubierto mi pasada vida. He vagado por un tiempo al parecer muy largo por un océano de quietud y paz, por una atmósfera brillante de luz, pero huérfana de animación y colorido. He cruzado en ese desconocido ambiente millares y millares de kilómetros, distancias inconmensurables para las medidas humanas cuyos números principian a agotarse después del trillón. He flotado o volado cual un corpúsculo en alas de la brisa en ese océano de luz y armonía, sin manifestar el cansancio, la nostalgia y el aburrimiento, sin aspirar a saber ni menos comprender, con la conciencia de un niño o la mente embotada de un idiota, la grandeza de una paz y tranquilidad, que sólo pueden ser aquilatadas con las angustias y dolores terrenales, y todos los demás martirios que ahí se sufren por la carencia absoluta de la anhelada paz.

Ese océano no tenía límite y en él volaba y me mecía cual sutil y microscópica penna, siguiendo un camino o ruta segura e invariable; era impelido además, sin yo darme cuenta, a un punto al que yo no ambicionaba llegar, no obstante que seguía y no comprendía. Y ese punto se perfiló al fin por una potente y radiante claridad que principió a envolverme gradualmente.

Y esa claridad fué acentuándose cada vez más, momento a momento, hora tras hora, si no es impropio hablar así y aquilatar un tiempo que no ofrecía análisis ni se prestaba en absoluto para ser medido o valorado.

Y de esa claridad esplendorosa y radiante surgió como por encanto un blanco palacio, y ese palacio estaba encajado entre bosques y jardines floridos, en un paisaje o pequeño país deliciosamente bello, con un cielo azul nimbado de oro, con un menudo césped o pelouse matizado de blancas florecillas y un arroyuelo de límpidas aguas, orlado de una playa de blanca y finísima arena salpicada de puntos brillantes, que eran diamantes y oro puro.

¿Dormía yo o estaba despierto?, no sabría decirlo, porque sólo miraba y no raciocinaba, porque además aquello no lo juzgaba impropio ni fantástico, sino delicioso y digno de admirarse con los ojos divinos del espíritu.

De repente experimenté un vuelco terrible, y una negra cortina me nubló la vista en forma cruel y angustiosa, por un tiempo impreciso y parecido al sueño físico que experimenta una persona agobiada de cansancio, cuando duerme profundamente una noche, sin darse cuenta de su ser, hasta despertar a la mañana siguiente. Y desperté yo también y me encontré en una calle de mi propia ciudad natal, en medio de un centenar de curiosos que contemplaban horrorizados el cadáver de un hombre atropellado por un autobus, que yacía yerto sobre un charco de sangre, con la cabeza completamente

destrozada por los hierros y ruedas de la siniestra máquina.

Ese cadáver era yo mismo, y lo admiraba con la misma curiosidad de los peatones allí reunidos, con menos curiosidad y hasta posiblemente menor conmiseración, porque era probable que esas personas sentían lástima por esos despojos, y yo, en cambio, no experimentaba sensación alguna; nada absolutamente y menos de la que siente un piojoso cuando arroja a un basural o a un estercolero los harapos viejos que le cubrían la desnudez.

Y el cadáver fué alzado y metido dentro de un furgón automóvil custodiado por la policía, que partió con destino al hospital y la morgue, donde, después de la autopsia, fué expuesto mi mísero cuerpo sobre el mármol pringoso de los accidentados.

Durante este largo proceso que para mí fué brevísimo, asistí a todas las incidencias, fui testigo de todas ellas, no perdí el más mínimo detalle, hasta el momento que llegaron los miembros de mi familia a reclamar el cadáver para darle cristiana sepultura.

En la ceremonia a que dió lugar el sepelio se pronunciaron sentidos discursos en que se hizo la apología del extinto. Tuve la certeza de que me querían y me sentían. Experimenté la novedad de ver el reconocimiento de muchos méritos y virtudes que en vida me habían adornado y que yo ignoraba absolutamente. Aquello no me causó asombro ni satisfacción, ni aún el hecho de ver muchas lágrimas desprendidas de los ojos de mis deudos y amigos.

El egoísmo de los hombres parece que sólo llega hasta la tumba, al borde de ella se reconocen los méritos y se alaban y pregonan las virtudes de muchos fallecidos, fallecidos que si por un milagro resucitaran, tendrían el dolor de ver que nuevamente se les negaba todo con manifiesto egoísmo y entera alevosía.

Ante un montón de carne en descomposición y de

unos huesos que llegaran a ser polvo y ceniza, los demás hombres se sienten cohibidos y amedrentados, se dan cuenta de que son perecederos, ven lo deleznable de su materia y comprenden sus vicios y su mal. Más, pronto, al lado afuera del cementerio y entrados nuevamente a la ciudad de los vivos donde anida el egoísmo y la mala fé, el espejo de la muerte se empaña y desaparece; una mueca de escepticismo contrae el semblante, el angel siniestro bate sus negras alas, les señala el camino olvidado y nuevamente se embarcan en el oropelado bajel del egoísmo y vicios terrenales.

Mi terrible visión no concluyó con la ceremonia de la inhumación ni con el retiro de los concurrentes, siguió y siguió en sentido retrospectivo: desde el momento que viajaba en autobus y veía a una hermosísima señora que me miraba con cariño, y que al descender del vehículo me hizo señas de que la siguiera, hasta cuando al acceder a su demanda y bajarme, fui cogido brutalmente por las ruedas de otro autobus que marchaba en sentido contrario.

Sentí mi agonía que fué breve, nadé por un instante en una atmósfera confusa e imprecisa y principié a recorrer mi reciente pasada vida, analicé mis actos desde la vejez hasta la juventud y desde la juventud a la niñez. Se repitieron todas las escenas de mi existencia, sufrí todos los dolores y experimenté también los placeres, incluso el de ver a mis amados padres, sentir con el alma su puro y desinteresado cariño, saturarme de él y comprender que el amor maternal es el amor de los amores, puro, santo, abnegado y desprovisto de egoísmo.

Vi mis actos buenos y malos, mis pasiones, mis ansias, mis angustias. Vi que esos actos se apartaban, tomaban cuerpo y formaban dos grandes columnas, distintamente de color blanco y negro; una más alta que la otra, y sobre estas dos columnas había un arco y sobre el arco escrita en gruesos caracteres, la frase: "Tu fé y mucho dolor te han salvado".

Entonces sentí placer, pero un placer inocente y desconocido, algo impropio de ser comprendido y analizado con un criterio estrictamente humano. Era algo nuevo en mí, una especie de escudo o coraza que me hacía fuerte, animoso e invulnerable a la cobardía de otras pruebas a las que sin duda sería sometido.

Por lo demás, esas pruebas no se hicieron esperar nada, aparecieron al instante: las pirámides fueron desapareciendo poco a poco para dar lugar a la visión del último acto de mi anterior vida, en que la responsabilidad manifiesta de mi amoral conducta era acreedora a la sentencia de: "Habéis sido rico, sabio y orgulloso, tu vida siguiente en la tierra será la de un pobre, sabio y humilde". Una sentencia por lo demás muy severa, pero justa, y que no obstante su equidad, en la tierra habría causado rebeldía y protestas, más no aquí donde todo es justamente comprendido y aquilatado, motivo por el cual no me desanimé en lo más mínimo, al contrario sentí un placer, un fervoroso entusiasmo y una esperanza elocuentemente comprensibles: saber con entera certeza que sufriendo, llevando una cruz y padeciendo un destino o karma de dolor en la tierra, me libertaba de la carga y de la responsabilidad de mis actos realizados; me hacía acaso merecedor y digno de aspirar a la recompensa.

Y siguiendo adelante, o más propiamente hacia atrás, vi gráficamente, nítida y claramente mis actos canallas y ruines, reprobados y malditos, mis pasiones, mis deseos, mi avaricia y egoísmo.

Pude verme con idéntico rostro y fisonomía a los de mi última vida, pero eso sí, no con ese sello de humildad con que comunmente me distinguía, sino altanero, orgulloso, despótico y malo.

Era joven, gallardo y rico, pero cruel y avasallador; tenía talento y hasta la intuición de lo justo y de lo bello; admiraba la naturaleza, la comprendía y hasta le rendía admiración en mis continuos madrigales que de-

licadamente comentaban las hermosas y frívolas damas de la nobleza.

Era un poeta verdadero, distinguido y admirado de la Corte de Luis XVI y María Antonieta. Un cortesano y un palaciego adulator de la reyecía y de la nobleza y uno de los muchos que contribuyeron con su zalamero servilismo a llevar a esos reyes a la guillotina.

En las fastuosas fiestas de Versalles, en medio de la molicie y el lujo, entre el vértigo que producen los perfumes, las sedas, el burbujeante champagne, los espejos y las desnudeces femeninas, yo olvidaba lastimosamente que fuera de esos salones suntuosos y de las verjas de los jardines había pueblo, plebe, andrajos, miseria, hambre y lágrimas.

No comprendía o aparentaba no comprender al unísono de todos los demás, el dolor de todo un pueblo lacerado en el alma y el cuerpo por el desprecio y la injusticia; por la incuria también de un rey sin carácter, doblegado por una mujer hermosísima; orgullosa, frívola y soberanamente ignorante que siempre le aconsejaba la negativa y el desprecio para aquel pueblo explotado, expoliado y miserable que clamaba y pedía amparo, atención y justicia.

Fuí testigo de muchos actos, de muchas escenas y de muchas incidencias que se realizaron en Las Tulle-rías, durante algunos meses que los calificaría como el prolegómeno de la catástrofe.

Innumerables veces fuí consultado para dar mi opinión sobre una clamorosa y justa demanda de los representantes del pueblo, de esos representantes a quienes despectivamente se les denominaba de "Estado Llano" y mi opinión naturalmente fué siempre negativa y contraria a esas demandas, no por convicción absoluta ni sincera, sino por mi instinto malo y adulator, y más que nada, por no contrariar a la reina ni menos que la hermosa soberana me nagara el pago de una hechicera son-

risa, una de esas codiciadas sonrisas que después se pagaron a tan alto precio en los días del terror.

Era la época docta y supersticiosa, enciclopedista y galante en que las damas de la nobleza componían pastorelas románticas en el Trianon, y los abates y caballeros de empolvada peluca, acudían a la cubeta de Mesmer a curarse de las enfermedades y descifrar el porvenir.

Más de una vez acompañé a la Venus austriaca y su cohorte de gentiles figulinas de cabellera empolvada, hasta el consultorio de su compatriota, el médico brujo Antonio Mesmer, el célebre apóstol del fluido magnético que encadena a los hombres con los astros.

Cuando la carroza dorada de María Antonieta se detenía a la puerta del médico taumaturgo, el pueblo andrajoso se agolpaba en la calle para contemplar a la hermosa reina extranjera a quien le atribuía todos sus males y desgracias. El lujo desbordante de toda aquella gentil comitiva era un cruel y crudo contraste con aquellos desharrapados descalzos, que miraban presas de la curiosidad y el rencor, las casacas doradas, las medias de seda, los entorchados y las cruces de aquellos afortunados hombres, al parecer no sólo de otra clase social, sino de un mundo superior y feliz, pero rencoroso e inhospitalario para los pobres y los humildes.

La feliz comitiva penetraba al interior de la casa, los comentarios y las protestas quedaban en el arroyo y en los salones del médico se iniciaba la fiesta, en aquella época de fiestas, elegante y decadente, en que era de buen tono mezclar el escalofrío de lo supersticioso con la voluptuosidad y el misterio de la liturgia mágica.

La llegada de la reina daba solemnidad a aquellas fiestas y a aquellas tardes taumatúrgicas. Entre sedas y perfumes y en un efluvio un tanto mitológico y pagano, la gentil reina se acercaba a la cubeta que nunca le decía nada, pero que una tarde, en presencia de Cagliostro que también ahí estaba, le anunció su pronta desgracia,

su decapitación en la guillotina y la de su esposo. La reina se desmayó en una terrible crisis de nervios y declaró que había visto una multitud de mendigos y andrajosos armados de sables y picas que la amenazaban. Y en seguida, su propia figura, con las manos atadas a la espalda, sobre una carreta que al fin la depositó al pié de un cadalzo, donde un hombre desnudo hasta la cintura la cogió brutalmente y la colocó sobre el siniestro tajo.

Poco crédulo a estas experiencias, no quise sin embargo, someterme a las pruebas de ver mi porvenir en la cruel y fatídica cubeta, que esa tarde tan poco respeto y galantería había mostrado para con la hermosa reina de Francia.

Un algo interior me decía que no sería mi horóscopo muy halagador, y posiblemente más desfavorable aun que el de la reina, ya que mi conciencia me reprochaba muchas faltas, que no conseguía olvidarlas ni acallarlas jamás con las fiestas y francachelas a que me entregaba ba de continuo.

Y el tiempo siguió su matemática carrera y las costumbres de la época también. El pueblo clamando y pidiendo y la nobleza y la corte divirtiéndose, desoyendo y despreciando a ese pueblo y a esa plebe que trabajaban y producían abrumados por las cargas y los tributos, los medios con los cuales esa nobleza pudiera divertirse.

Era un olvido lastimoso, una ignorancia supina y absoluta del fermento que se operaba en la masa, en mucha parte incoado por las terribles privaciones que soportaba en carne propia, cuanto por las sátiras y libelos de Voltaire y otros pensadores, que le advertían y le enseñaban a ese pueblo sus derechos y justas reivindicaciones.

Hubo, justo es decirlo, algunos que le advirtieron al rey el peligro que amenazaba a la monarquía, más tratadas estas cosas en Consejos Secretos en los cuales tenía sitio importantísimo la reina, prevalecía la opinión

de ella, y aquellas advertencias de hombres prudentes y sabios, eran desoidas y despreciadas como ideas enfermizas de espíritus apocados y timoratos.

En cambio la negra nube que presagiaba la tormenta era cada vez más grande, sus colores más siniestros y su forma más inquietante, circunstancia que obligó al fin a la Corte a meditar, pensar y discutir en forma seria las medidas que debían adoptarse.

Fuí testigo obligado en los Consejos Secretos y pertinaz oponente a todo lo que fuera mejoras y franquicias en la vida de esclavo que soportaban las masas populares; y hasta aconsejé a Maurepas metiera a la Bastilla a todos los nobles que patrocinaran esas franquicias, como un saludable y eficaz medio de conservar el orden público y llevar tranquilidad y paz a los espíritus.

Si bien Maurepas era terco y audaz, su audacia y atrevimiento no llegaron a tanto, aunque lo intentó con el conde de Saint Germain, por haber éste dicho y pronosticado en una conferencia secreta que tuvo con María Antonieta, los males que sobrevendrían sobre la desgraciada Francia.

El torpe intento le costó caro al Ministro, pues cuando menos se lo figuraba de ver al conde, encerrado como estaba trabajando en su gabinete, el propio Saint Germain pareció filtrarse por las paredes, quien, ante la mirada espantada y atónita de Maurepas se encaró severamente con el inepto Ministro: le mostró sus desaciertos, le predijo la ruina y la muerte y le agregó que desgraciadamente por ellas no vería los males que por su terquedad e inepticia había desencadenado sobre Francia.

Cuando Maurepas quiso llamar y prender al conde éste había desaparecido como por encanto. Encanto, una palabra realmente adecuada y muy propia, porque Saint Germain no era un ser de esta tierra, sino un adepto o enviado que había venido a advertir a los hombres sus errores y su castigo.

Los historiadores egoístas niegan la personalidad del conde atribuyéndola a leyenda fantástica; empero, hay hechos ciertos y concretos y hasta testigos oculares que lo conocieron, como la condesa Adhemar con quien mantuvo amistad y correspondencia epistolar. Esos testigos sostienen categórica y afirmativamente que el conde existió. Yo mismo también lo conocí y lo ví en dos ocasiones. Y claro que me declaré su enemigo, puesto que era de la nefasta camarilla o círculo que él fustigaba.

Me he detenido bastante en esta etapa de mi vida, que sin duda marca un compás solemne o deja ver de una manera nítida y clara el pináculo de una situación brillante, a la que había llegado despues de muchas vidas e infinitos trabajos de perfeccionamiento.

Si escudriñamos sinceramente esa situación, se verá que yo tenía todo: fortuna, talento, juventud, belleza, y hasta una compañera adorable y buena; eso si, buena, que me aconsejaba y me llamaba con lágrimas en los ojos al terreno del bien y la virtud. ¿Y cosa más rara y más cierta?, mi compañera era la misma hermosa señora del autobus, y la misma que me indicó por señas que la siguiera y me bajara, por lo cual motivó mi última muerte.

Si se escudriña, repitiré, mi verdadera situación, es fácil comprender que yo era un ser eminentemente feliz, en un medio y en una época de absoluta desigualdad, que podía y debía haber hecho mucho bien, si mi orgullo y necio egoísmo lo hubieran permitido.

El ángel que me acompañaba, mi adorable mujer, no era suficiente ni tenía poder bastante para oponerse a los negros designios que me abrumaban y que, en loca y vertiginoso carrera, me precipitarían muy pronto por la Roca Tarpeya.

Y la catástrofe llegó, como era lógico y natural que llegara; y la orgía de sangre se desencadenó sobre la infeliz Francia. Las cabezas principiaron a rodar decapita-

das por el verdugo de gorro frigio. El regicidio y el asesinato tomaron carta de naturalización y se alzaron con la patente lógica de un orden amoral y justo.

Cincuenta mil cabezas de nobles segó la guillotina y entre ellas la mía, que en verdad y realmente merecía por mil y una causas caer al siniestro cesto o rebotar sobre el pringoso tablado del cadalzo.

Ví mi cabeza rodando por ese tablado y ya flotando en medio de un mar de sangre. Y en ese mar, con caracteres fosforescentes, leí mi lógica, justa y severa sentencia.

¿Entonces por qué me quejo, qué motivos tengo para llorar y lamentarme?

#### CAPITULO IV

Me es repugnante y no quisiera seguir adelante en mi macabra y desconocida trayectoria, más no puedo, un algo superior me impele a ver, raciocinar y comprender. Es una verdadera cinta biográfica minuciosa y erudita, pero enormemente extensa y dilatada como el mundo; eso si, un poco obscura, obscuridad que he venido notando desde mi penúltima vida y que ahora se hace más acentuada y densa; aunque incapaz de impedirme ver, comprender y pensar de una manera nítida y clara que nuevamente debo presenciar la escena de mi anterior vida, o sea la tercera en sentido retrospectivo.

Heme aquí que me veo no un varón sino una niña de pocos años, andrajosa, descalza y abandonada en una sórdida calleja de los suburbios de Madrid.

Es invierno y hace frío, la nieve cae en menudos copos y todo va tornándose de color blanco y albo: las piedras de la calle, las faroles, los tejados y los árboles. La gente corre a guarecerse de la tormenta en las casas y en las tabernas, y yo asimismo busco también refugio en la entrada de un portal.

El frío me es tan insoportable que mis dientes castañetean y mi cuerpo todo se estremece con convulsiones de epiléptico. Visto una faldita raída y corta que apenas cubre las rodillas. Mis piernas y pies están rojos, igualmente los brazos y las manos. Mi rostro lo veo tan pálido que casi se confunde con la blancura inmaculada de la nieve. Siento mi agonía y mi martirio, me veo tan próxima a la muerte por la falta de alimentación y abrigo que al fin mi naturaleza cede y me desmayo, y el cuadro adquiere entonces un motivo o tinte trágico digno de immortalizarse con la paleta de un artista famoso.

Más, pronto despierto al amor de una fogata, en una taberna donde unas campesinas gentes me han socorrido. Poco a poco recobro el conocimiento, y una escudilla con unas sobras de comida mitigan mi hambre y desfallecimiento.

Miro y me doy cuenta que estoy en medio de muchos hombres y mujeres de aspecto raro. Son gitanos al parecer, lo indican sus trajes de colores fuertes, sus aros y sus collares. El idioma o dialecto que hablan me lo confirma ampliamente.

Me han dejado concluir la comida y nada me han dicho; pero de repente una de las mujeres, que por su edad parecía ser la esposa del jefe de la tribu, se acerca a mí, y poniendo una de sus grandes y morenas manos sobre mis cabellos aún húmedos por la nieve, me dice en una jerga mitad castellano y mitad húngaro o italiano.

—Desgraciada niña, si no es por nosotros que pasabamos por ese lugar donde te encontramos desfallecida, no estarías ahora en el mundo de los vivos. Tú, pequeña, desde este momento nos perteneces—me agrega con un tono un tanto dulce y maternal.—Debes pues seguirnos y compartir nuestra suerte que de ningún modo será miserable y desgraciada.

Yo acepto confiada y agradecida acordándome que nunca he conocido padres, menos hogar, amor y cariño,

sino golpes y latigazos de unos viejos mendigos que recorrían los arrabales y los caminos haciéndome mendigar y robar. La vieja era una arpía terrible que me martirizaba de continuo cuando mi escasa colecta de monedas de cobre y mendrugos de pan no la satisfacían, el viejo, un borracho que utiliza mi limosna para hartarse de vino y aguardiente. La vieja amaneció muerta aquella mañana en el jergón de su covacha, y el viejo sin duda cansado de mí me sacó de madrugada a la calle donde me ha dejado abandonada en aquel terrible día de invierno, en que la lluvia y la nieve debían ser el epílogo o blanco sudario que cubriera mi cuerpo y mi inocencia. Pero Dios no lo ha permitido, con un grande y loado fin sin duda, fin que es un misterio o un arcano para los vivos, puesto que solo ahora lo comprendo y lo bendigo.

Mi inocencia no llegaría a ser mancillada, ni menos mi virtud y mi honradez, empero mi cuerpo sería siempre martirizado y lacerado con las espinas de la esclavitud y la injusticia; significando acaso mi cruz, mi destino o karma terrenal, en pago al deleite y al placer que sintió e hizo sentir ese cuerpo, tan codiciado y tan bien pagado en otras épocas.

Y heme aquí que desde ese momento formo parte de la tribu de gitanos. Me han vestido con un traje de indiana de colores fuertes, me han colocado en la cabeza una especie de turbante con medallas y monedas, sobre los hombros un chal rojo de largos flecos y en la mano una pandereta. Mis pies están ahora cubiertos con unos zapatos bastos adornados con hebilla y lentejuelas. Me veo hermosa con aquel curioso atavío, impresión o pensamiento no sólo de mi parte, sino compartido por los demás individuos del conjunto, puesto que todos me miran, se sonríen y me acarician.

Y como la tormenta ha cesado, el jefe de la colonia, un hombre gordo y barbudo que lleva un gran chambergó y gruesos aros en las orejas, nos ordena salir de la taberna y dirigirnos al campamento que está situado en

una apartada callejuela de aquellos suburbios, en una especie de corral terroso, huérfano de habitaciones y cercado por gruesos paredones. Ahí hay una gran tienda de tela sucia y basta que es el pabellón o palacio en que vive toda la colonia; hay también un enorme carro de cuatro ruedas, y paciendo atados al carro, cuatro caballos de gran alzada y largas crines.

El jefe, una vez que estuvimos en el campamento, nos dió la orden por medio de un silbato, de que debíamos desarmar la tienda, lo que fué efectuado con presteza por toda la tribu, sin distinción de edades y sexos, trabajo al cual no fui extraña ni dejé de ayudar como me lo permitieron mis infantiles y escasas fuerzas.

Una vez desarmada y guardada la tienda sobre el techo del carromato, los caballos fueron enganchados, las mujeres nos trepamos al carro y toda la tribu partió en dirección al campo y a otros pueblos de la comarca.

.....

Hemos recorrido una gran distancia ambulando por diferentes carreteras y villorrios. No hemos aun entrado a ninguna ciudad grande; el trabajo ha sido poco, si trabajar es cantar, pedir limosna y decir la buenaventura. Los hombres, por el contrario, llevan una labor más ardua martillando recio sobre el yunque, agitando la fragua o remachando cacharros de cobre que después van a vender a las aldeas y alquerías cercanas. Esos hombres comercian también en caballos que compran y venden después con gran beneficio.

Durante esta época de invierno que ha sido tormentoso y crudo hubimos de estar encerradas en la tienda o en el carro, en una perezosa e inactiva ociosidad, demasiado tediosa y aburridora. Esta circunstancia ha sido aprovechada para dar principio a mi educación que como es de suponer se reduce a bailar, tocar la pandereta y decir la buenaventura.

He sido aprovechada e inteligente. En poco más de un mes he aprendido a bailar primorosamente acompañándome con las castañuelas, con una gracia y donaire tan marcados, que la jefa ríe estrepitosamente y declara que lo hago con un garbo superior al de las demás jóvenes mayores que yo de la tribu. Me encuentro complacida y creo poder pagar así la caridad que han hecho conmigo aquellas buenas gentes.

Y llegó la primavera, la nieve dejó de cubrir con su blanca mortaja la campiña, los árboles, los tejados y las torres. El campo se pintó de verde y gualda, aparecieron las blancas florecillas y los brotes de las ramas adornaron los árboles con una decoración mágica y policroma. El duraznero y el cerezo se acicalaron con perfumados rubíes y topacios y los pájaros cantaron en la enramada saludando a la naturaleza.

La vida recobraba su ritmo armonioso, soberbio y bello. El corazón latía apresurado, la mirada se extasiaba en el paisaje y las risas se desgranaban en escala de oro de las bocas femeninas, locas de ensueño y ebrias de contento.

Confieso en medio de mi inocencia que esta fué la época más feliz de mi vida y también de mi niñez.

He oído decir a la mayoría de la gente que los gitanos son malos, que son antropófagos y se roban los niños para después comérselos asados a la parrilla. Confieso que ello es una monstruosa calumnía que se traduce en una vil cobardía, puesto que siempre se dice esto sin prueba alguna, a sus espaldas y contra unos individuos a quienes se les desprecia y se les pone al margen de la ley en lo que corresponde a sus prerrogativas y derechos.

Yo que tanto había sufrido, yo que conocía lo que eran el hambre, el frío, la desnudez, la falta de sueño, los latigazos y las palizas, bien podía considerar aquella vida con los gitanos como un verdadero reinado del paraíso.

Yo que también cantaba como una alondra y bailaba como una ninfa de los bosques, después de haber sufrido

y llorado tanto, cómo no decir que aquella vida era un verdadero y eterno edén.

No, nunca, jamás podré tachar de malos a esos compasivos gitanos, puesto que fueron para conmigo los seres más paternales y cariñosos que encontré entonces en la tierra.

No tienen sin duda las costumbres de los demás hombres, se rigen por un sistema patriarcal o comunista, son nómades y van de pueblo en pueblo desgranando la vida, observando y no mezclándose en la rutina de los otros hombres que los desprecian.

Compran o cambian caballos, venden cacharros de latón o de cobre, dicen la buenaventura, ríen, bailan y cantan, y la tierra y la vida entonces parecen comprenderlos y compadecerlos brindándoles optimismo, fe y confianza en su marcha de alegres y eternos peregrinos terrestres.

.....

Y crecí y fui una agraciada y hermosísima mujer; dejé de ser española para convertirme en una verdadera gitana. Hablaba su jerga o germanía, bailaba sus danzas con desenvoltura y gracia, decía la buenaventura de una manera tan convincente y aduladora que todos me oían y las monedas caían a mis manos en forma copiosa.

Los gitanos me amaban con sincero y fraternal cariño, se perfilaba mi noviazgo con el hijo del jefe, un guapo mocetón de mi misma edad, membrudo, atlético y forzudo, bueno para la guitarra y la juerga, trabajador y valiente si llegaba el caso.

Y andando y andando llegamos a un pueblecito cercano a Palencia. Ahí en un corralón, como eran todos en los que armábamos el campamento, levantamos la tienda y desenganchamos los caballos del carro.

Los hombres salieron a hacer su negocio de chalanes y a vender sus cacharros, y las mujeres a pedir limosna o decir la buenaventura en las casas del pueblo.

Habiéndose sabido que por ahí cerca había una al-

quería cuyo propietario era el hombre más rico de la región, tres de las más jóvenes muchachas de la tribu nos acicalamos con verdadero arte y primor y todas nos propusimos visitar esa finca que según el decir de muchos era habitada por un señor viudo, tío de un joven de poco más de veinte años.

La eterna cadena de la vida la forman esos dos polos que mantienen latente la esperanza, y que, con los ojos fijos en el fantástico paisaje del amor y la felicidad, se atraen y se complementan entre sí. Esos dos polos son los dos sexos, o sea el hombre y la mujer.

Hablar de un par de señoras, madre e hija, que habitan una finca o un castillo, en presencia de hombres sólo, éstos posiblemente se pregunten exquisitamente alarmados o novedosamente intrigados, que quiénes son y si será posible visitarlas.

Decir lo contrario, o sea que eran dos hombres los que habitaban esa finca, como nos aconteció a nosotras, también era forzoso nos preguntáramos, llenas de femenil curiosidad, si serían buenos y generosos aquellos señores, y si acaso fuera posible visitarlos. Pero, eso sí, con un criterio estrictamente interesado de gitanos; no por amor ni mucho menos, sino por interés, por codicia y deseos que nos dieran regalos y dinero.

Eramos jóvenes y guapas, provocadoras y audaces, además, demasiado prácticas en el arte de sacar dinero a los hombres, sin jamás perder absolutamente nada; confianza manifiesta que nos restaba todo temor de ir a visitar hombres sólo.

Y así completamente resueltas, sin ninguna inquietud y llenas por el contrario de optimismo, nos encaminamos a la hacienda que estaba a menos de media legua de nuestro campamento.

Aunque los criados de la finca se opusieron al principio a nuestra entrada, con zalamerías, artimañas y ese desplante o desvergüenza que muestran siempre los gitanos para salir con la suya, conseguimos llegar hasta

un corredor espacioso al que caía una ancha ventana abierta totalmente.

Ante nuestras voces y chillidos, la persona que se hallaba dentro de la pieza cuya ventana estaba abierta, se levantó apresuradamente desde un pupitre donde trabajaba afanosamente y se asomó con curiosidad al corredor. Más al vernos y examinarnos, comprendió que se trataba de tres guapas gitanillas, alegres y vivarachas con quienes sin duda pensó divertirse. Su curiosidad se tornó en hilaridad poco después, cuando nos preguntó por el motivo de nuestra visita, manifestándola elocuentemente con una estruendosa carcajada que para nosotras fué grato recibimiento o augurio feliz, para desterrar la poca cortedad que teníamos y principiar en cambio a majaderearlo con impertinencia excesiva, exigiéndole se dejara examinar las manos para vaticinarle la suerte y descifrarle el porvenir.

El personaje aquel era un apuesto mancebo de poca más edad que la mía, gallardo y hermoso. Sus facciones eran finas como las de una mujer, sus ojos, azules como el cielo, y el carácter estupendo o hecho de perlas, a juzgar por el poco enfado que mostraba ante nuestra intempestiva visita.

¿Y cosa rara?, ese joven tenía idéntica fisonomía a mis dos últimas encarnaciones, como igualmente la mía era la de la señora del autobus que causó mi última muerte, y también la fisonomía de mi esposa en tiempo de la revolución francesa en que fuí guillotinado.

Ese hombre me fué simpático desde el primer momento, un sentimiento exquisito y extraño conmovió mi ser, y una impetuosidad poco común en mí me hizo abanzarme y cogerle reciamente la mano, la que él entregó sumiso al mismo tiempo que clavaba su hermosa mirada sobre mi rostro, envolviéndome en una atmósfera o efluvio un tanto pagano y misterioso que me hacía nadar en un mar de completa felicidad y dicha.

Sin duda era la primera chispa del amor, el primer

aletazo o la primera flecha que a traición y a mansalva disparaba el travieso Cupido.

Hablan vagamente o no saben lo que dicen las personas que estiman embustes todo lo que pronostican las gitanas. Son ellas perfectas quirománticas, son personas que de padres a hijos y desde fechas antiquísimas se han transmitido el estudio de esa ciencia que se llama Quiromancia y que en las líneas de la palma de nuestras manos muestra todo un testamento, un proceso o un panorama del destino humano sobre la tierra.

Igual que la Dactiloscopia que en verdad es un derivado o rama de la misma Quiromancia, y en que tal vez no hay dentro de un millón, un individuo que tenga rayas iguales a otro,—o que, por lo menos, por la inclinación u otras variantes le señalen igual destino.

El estudio de estas ciencias entra en esta época al terreno de lo positivo, no se les desprecia como antaño, y por el contrario se les concede una importancia un tanto relativa, si se atiende que egoístamente los hombres sólo la aplican al terreno de la delincuencia.

Días mejores llegarán en que se aplique en un límite más vasto y más útil en las relaciones sociales y humanas, para una mayor conquista de la ciencia y beneficio de la humanidad.

Principié, pues, a analizarle la mano al mozo y no pude menos de temblar al ver que las rayas de esa mano indicaban muchas desgracias, y, que todas ellas estaban en relación directa con una mujer a quien ese mozo amaría con locura, no obstante el bajo linaje de ella y la encumbrada posición de él.

Era algo tan siniestro lo que le vaticinaba que el joven se sintió un tanto emocionado, como igualmente en un estado mayor de congoja me sentí yo.

Hubiera dado mis años mejores de vida por haberme equivocado en el vaticinio, hubiera deseado que aquel joven fuera y muriera feliz, más el horóscopo indicaba otra cosa. Claramente lo decían las líneas de esa mano: morir

en el cadalzo por una hechicera mujer que a la vez sería ajusticiada.

—Vaticináis cosas muy tristes, hermosa joven,—me dijo el mozo un tanto emocionado.

—No sé mentir—le respondí yo—os he hablado con sinceridad, más puedo haberme equivocado. Además morir por una mujer adorada es un heroísmo un tanto romántico y galante. No todos son y mueren como héroes —agregué a manera de sentencia consoladora.

—No he dado jamás cabida al miedo ni a la misantropía—arguyó el joven.—Soy por temperamento dado a la alegría y al buen humor y estimo que el horóscopo un tanto trágico que me habéis hecho debe ser ahogado en una copa de buen vino para que así no tenga certera confirmación.—Ea, pues,—agregó—os invito a que probéis el vino de mis bodegas.

Aunque mis compañeras eran audaces e insensibles al miedo, poco dispuestas estuvieron en un principio a aceptar la invitación del caballero, más yo, que había cobrado verdadero cariño a aquel hombre que por primera vez veía, las disuadí diciéndoles: que como éramos tres, unas a otras nos prestaríamos protección y ayuda.

He de hacer presente que mis dos compañeras aunque hablaban y charlaban bastante en otras ocasiones, en esa oportunidad estuvieron demasiado calladas y herméticas, no se si por respeto a ese mozo rico o por la predicción que yo había leído que, aunque tratábamos de olvidarla venía porfiadamente a nuestra mente en una oleada de pensamientos tenebrosos y siniestros.

Para ahorrarnos esos pensamientos aceptamos la invitación y acompañamos al mozo a una extensa sala comedor, donde amén de la vajilla y suntuosos muebles se veía la mesa provista de apetitosos manjares y ricos vinos.

—Vivimos sólo en esta finca, mi tío y yo, que soy su único heredero—dialogó el joven—Mi tío está ausente en la Corte y yo, como véis, dispuesto a servirlos, di-

vertiros y divertirme asimismo, ya que la juventud es breve y la vida llegada la vejez, deja de ser vida para tornarse en pesada carga o pesado sueño.

Poco a propósito éramos nosotras para mantener una conversación a la que nos arrastraría, en esa forma demasiado erudita y elevada, que acusaba en el joven una cultura y elevación de pensamientos poco comunes.

Para nosotras incultas mujeres, con más malicia que instrucción, en que todo lo fiábamos a nuestra juventud y a nuestra belleza, estábamos fuera de lugar en aquel medio y condenadas de antemano al ridículo. Más algo teníamos que responder, so pena de hacer el papel de idiotas o sordomudas. Por lo que respondí al punto:

—La vida es un libro, señor mío, con páginas muy interesantes desde las primera a la última. Ninguna hay que despreciar y todas hay que leerlas o aprovecharlas sin distinción.

—Argumentáis con verdadera filosofía—repuso el joven envolviéndome en una ardiente mirada que fué toda una revelación para mí.

Y poniéndose de pie y cogiendo un artístico jarro dorado vertió una porción de vino en nuestras copas y nos instó a beber, diciéndonos:

—Por la juventud y el amor que en este momento me ha herido medio a medio del corazón.

Todas bebimos alegremente, aunque yo lo hacía de un modo muy distinto pensando y saturándome de un cariño que había crecido inmensamente después del brindis del joven anfitrión.

Seguimos comiendo y bebiendo con esa moderación innata y prudente en la mujer, más no con pacata parcidad, ya que los vinos eran exquisitos y con un sabor dulce y sabroso que aunque pugnábamos por no beberlos, el almíbar goloso que contenían nos obligaba a apurarlos.

Al fin quisimos levantarnos y dejar aquel tentador y delicioso comedor. Más el joven se opuso con terca cor-

tesía, diciendo que le aceptaríamos una pequeña copa de un vino dulce y amontillado que era una delicia y lo reservaba solo para las grandes ocasiones.

Y aunque quisimos oponernos y no aceptarle el regalo, el joven se puso de pie y salió del comedor volviendo poco después con una jarra llena de un vino color oro del que vertió una regular cantidad en nuestras copas y nos instó a apurarlo.

Era realmente un exquisito vino superior a los otros que habíamos probado, un vino un tanto raro por su sabor o bouquet enervante y adormecedor, que al instante de beberlo nos sumió en una especie de letargo o idiotez obsesionante y poderosa, que nos obligó a doblar la cabeza sobre la mesa y quedarnos profundamente dormidas.

¿Oh? todo lo veo ahora, a mis compañeras que son sacadas en brazos de los sirvientes de la finca, metidas en una especie de carro con honores de calesa y llevadas fuera, hasta la sombra de unos copudos sauces que estaban en un prado cercano al campamento, y yo metida también en otro carruaje fuerte y recio de cuatro ruedas y con cuatro caballos que parte a escape por un camino desconocido.

Voy en brazos de mi raptor, de mi adorado, a quien no odio ni pienso odiar no obstante la traición que me ha jugado. Es que lo amo, es que el amor me ha herido en forma inesperada, cruel y veleidosa. Es mi tirano y mi carcelero más es también mi amado a quien he entregado mi joven alma y mi inocente corazón.

## CAPITULO V

He despertado de un delicioso ensueño a una realidad más deliciosa todavía, me he encontrado en los brazos del hombre amado, a quien me parece amar desde muchos años, desde edades remotas y como algo muy natural y muy mío. Es una encantadora obsesión, un delirio febril, una locura inocente y arrobadora que me hace suspirar y no protestar de aquel raptó, que, como todos los raptos, es con el consentimiento de la raptada.

Y heme aquí frente a frente de mi dueño, quien pado disculparse sin duda de un enojo que estoy muy lejos de sentir, me dice con una voz cariñosa en que se traduce una fuerte emoción:

—Os amé con toda mi alma desde el momento que os ví. He sentido un chispazo tan fuerte de cariño hacia vos, que no he medido las consecuencias y me he embarcado en una empresa innoble que seguramente merecerá de vuestra parte la más justiciera indignación. Temí perderos—continúa—y por eso confabulé mi plan, un plan que debía darme el efecto apetecido y la posesión

de una encantadora mujer que parece me está destinada desde la cuna a hacer mi felicidad y entera dicha.

—Vuestra conducta no es muy correcta—respondo con acento que en vano trato de hacer severo e iracundo—. Nos habéis dado un narcótico para abusar de mi debilidad y la de mis compañeras que ignoro la suerte que hayan corrido. Me veo a vuestro lado en un carruaje que rueda a escape por un camino desconocido y hacia un destino más desconocido todavía y esto en buen castellano y en jerga de caballeros se llama felonía y ruindad.

—Si, verdad es y amplia razón tenéis para expresaros en esa forma—me dice, cogiendo una de mis manos que no puedo ni me atrevo a esquivar—. Soy joven e impetuoso, pero cauto y terco en mis resoluciones. Os amo con un cariño que se sobrepone a todo y pasa por sobre todo. Se que la gente de vuestra raza nos odia, nos desprecia y jamás consiente en la unión amorosa con un cristiano. Más a todos esos prejuicios y atávicas ideas de una época añeja, inconexa y atrabiliaria se opone el sentimiento grandioso del amor, cuando es puro, fiel, noble y nacido de lo más profundo del corazón.

—Estáis equivocado—le repuse fuertemente emocionada—no soy gitana sino española y verdadera cristiana. Me he criado desde niña entre esas gentes, que por lo demás han sido generosas y buenas. Hablo su jergonza, sé sus costumbres y las acompaño en su trabajo, más mis sentimientos cristianos no están dormidos sino que anidados dulcemente en lo más hondo de mi alma.

—¿Oh amada mía?—Me responde entonces—qué feliz soy oyéndoos hablar así, mi dicha es completa, soy tuyo para siempre.

—Tuya también—agrego enajenada de placer.

Y nuestros brazos se confunden en un nudo potente que marca y perfila elocuentemente el amor grande e indisoluble que llega y perdura hasta la misma tumba.

Mientras el coche rueda por un polvoriento camino

le he contado toda mi historia que no es muy larga ni está revestida de episodios grandiosos o raros que salgan de lo comun. Cosas muy triviales y adaptables a la vida de vagabundos que lleva esa raza despreciada de cíngaros o gitanos que recorre el mundo en un eterno peregrinaje.

Él también me contó la suya que igual a la mía era corta, como son todas las historias de la gente moza que aun ha vagado y sufrido poco en este presidio del espacio llamado Tierra. Me habló de sus proyectos y me indicó que viajábamos con destino a la Corte donde era prudente escondernos y burlar a los gitanos que son taimados, vengativos y traidores.

En cuanto a mi situación, ofreció legalizarla, uniéndonos cristianamente ante un sacerdote, tan presto como llegáramos a Madrid. Sería un matrimonio secreto y a espaldas de su tío, que era un hombre muy orgulloso e intransigente, que de seguro se opondría tenazmente a nuestra boda; corriendo el peligro de ser desheredado si le desobedecía o se mostraba rebelde.

—Y qué haríamos sin dinero—me agregó—en una ciudad desconocida, rencorosa e inhospitalaria en que todo se hace y se consigue con el oro.

Asentí a todo lo que él dijo. A todo le presté aprobación, enajenada de gozo como estaba ante la evidencia de ir en compañía del hombre que amaba, que me había declarado su entrañable amor ofreciéndose ser mío, por toda una vida pletórica de fidelidad y abnegación. Amor que a mi vez pensaba pagarle con esa elocuente sinceridad de la mujer realmente enamorada, que no perdona sacrificio ni es ajena a ningún heroísmo, cuando le ha jurado a su ídolo serle la fiel compañera de toda la existencia.

—¡Qué equivocada estaba! ¡Cuán lejos de la verdad y cuántos ensueños me forjaba! ¡Válgame Dios que lo diga por mi amado, sino por el Destino que sería muy otro, muy distinto y muy trágico para ambos.

Al atardecer, cubiertos de polvo, muy rendidos por el viaje y los tumbos del carruaje, hicimos alto en la puerta de una posada o mesón que había por aquellos lugares. Ahí comimos y pernoctamos, partiendo al amanecer con rumbo a la Corte, adonde pensábamos llegar en dos jornadas más.

Debo declarar con toda sinceridad que Enrique, que desde ahora lo denominaré así, se mostró siempre conmigo respetuoso y delicado, lleno de miramientos y consideraciones, sin tomarse jamás la más mínima confianza y viajando, más al parecer hermanos, que como dos tórtolos enamorados que buscan un altozano distante en que armar el nido.

Y al fin a la Corte llegamos, a esa vieja ciudad de Madrid que está asentada sobre un riachuelo ceñudo y enjuto llamado Manzanares.

La metrópoli aquella me mostraba atardeceres distantes, recuerdos hoscos y agrios de mi infancia desvalida, huérfana siempre de cariño y amor maternal y abundante en crueldad, desnudeces, latigazos y ayunos.

¡Qué distante y qué cercano estaba todo aquello en mi imaginación! Recordaba a mis compañeras, me forjaba la escena a que habría dado lugar mi desaparecimiento; la desesperación de Pandolo, el hijo del jefe, al perder la novia y saber mi rapto y mil pensamientos más que me hacían sufrir mucho.

Me ensimismé pues, en esos pensamientos y guardé un absoluto silencio hasta llegar a la casa de huéspedes donde me hospedé y dormí la primera noche de mi llegada a la capital.

En esa fonda me encerré en mi habitación y no salí ni siquiera para comer. Tomaba esta determinación como una medida prudente y precautoria que me pusiera a cubierto de miradas indiscretas, y quizás también de la persecución de los gitanos; aunque era poco probable esto último a causa de la rapidez de nuestro viaje, de la

delantera que les llevábamos y de los medios que habíamos puesto en práctica.

Al día siguiente Enrique se ocupó en buscar casa, la que encontró en una calle un tanto apartada. La amobló modesta pero decentemente; con esas características que son a veces indispensables para un nido de amor que, — en el caso del nuestro, — el Destino se encargaría a su vez de hacerlo prólogo y epílogo de nuestras vidas.

Han pasado seis meses de un idillio nunca interrumpido por una nube. Una luna de miel que parecía inacabable y sujeta a no tener fin, no obstante que Enrique en dos ocasiones ha debido ausentarse y regresar a la hacienda donde lo llamaban los negocios y su tío un tanto achacoso y enfermó. No se ni me ha querido decir de qué astucias se ha valido para explicar al anciano las largas ausencias a la Corte, ni menos me ha traído noticias referente a los gitanos de cuya tribu formaba yo parte.

Sólo se ha concretado a decirme que hubieron de abandonar el pueblo a raíz de nuestra huida. Pero parece que me oculta algo que no debe ser muy agradable, ya que en dos o tres ocasiones lo he notado muy abatido y triste. Más, nuestra dicha y nuestro amor siguen en el mismo estado o más talvez, puesto que tengo la evidencia que voy a ser madre.

Esta circunstancia o grata novedad ha sido festejada con el matrimonio que hemos efectuado en una parroquia de los alrededores.

La ceremonia ha sido estrictamente privada y se efectuó sirviendo de testigos los mismos familiares de la iglesia, porque hemos declarado ser forasteros sin ninguna vinculación en la ciudad, sin familia, sin amigos y dispuestos a legalizar canónicamente una situación de verdadero amancebamiento.

El buen religioso se ha allanado a todo, máxime cuando mucho de lo declarado es una inconcusa verdad.

Enrique siempre sigue cariñoso y enamorado de su mujer, no obstante que mi preñez avanza y que a causa

de ello no puede ir a ver al tío a quien es forzoso recurrir, puesto que el dinero ha principiado a agotarse y hay que pensar en que sobrevendrán gastos extraordinarios.

Se lo he hecho presente así y lo he instado para que vaya hasta la casa paterna a buscar y pedir dinero a su pariente. Más, esta demanda mía lo ha sumido en una gran congoja y aflicción. Se ha puesto muy triste y muchas lágrimas han surcado sus mejillas.

—¿Por qué lloras?—le he preguntado—Me ocultas algo Enrique, dímelo todo por cruel y terrible que sea la noticia.

—Amada de mi alma, tierna esposa mía—me responde con abatimiento—. Ha llegado el instante en que no ignores nada, vale más saber una triste verdad antes de la angustiosa incertidumbre que anonada y martiriza. Os he ocultado mis pesares y mis desgracias, más es imposible seguir manteniendo por más tiempo una situación fingida que a ambos nos perjudica con extrema gravedad. Mi tío me ha arrojado de su casa en forma ignominiosa, mi patrimonio y mi nombre ya no existen, soy un pobre mozo desheredado a quien no le resta más que el trabajo de sus manos. No puedo pues acceder al deseo vuestro de ir a visitar un tío que hasta hace poco fué tierno y cariñoso para conmigo, pero que hoy me odia y me desprecia.

—¿Por mí, por mi causa y por mi culpa, sin duda?—le interrogo llena de ansiedad y exaltación.

—Por todo,—me replica—por vos, por mí y por causa de un mocetón de vuestra tribu que ha ido a quejarse a mi severo tío de nuestra fuga a Madrid, añadiéndole la infame denuncia de que eras pagana, bruja y hechicera.

Pero eso no lo habréis creído vos esposo mío—le digo con acerbo dolor, retorciéndome desesperadamente las manos en una aguda crisis nerviosa originada por mi embarazo.

—Oh! nunca, jamás adorada de mi alma—me res-

ponde aquél hombre noble y bueno, leal y sincero, que era desgraciado por mi culpa; por sólo amar con ternura a una pobre huérfana, a una infeliz mujer del arroyo, a una criatura sin nombre alguno, sólo poseedora de un alma agradecida y de un corazón rebozante de amor para quererlo con locura.

—Bruja y hechicera—repito maquinal y completamente abatida—¿Cómo es posible que Pandolo diga eso, cómo es posible que me levante tan monstruosa calumnia?

Y ante una acusación tan horrenda mi alma es presa de la intranquilidad y el sobresalto. Porque se y comprendo que si esa acusación llega a ser oída por alguno de los sabuesos del Santo Oficio mi libertad y mi vida peligran seriamente.

¡Oh! Demasiado sabía que si la Inquisición me apresaba mi muerte era cierta y segura. Morir. ¡Oh nó Dios mío!, de ningún modo quería morir, por miedo a la muerte misma, por horror al patíbulo, por mi adorado Enrique y por el hijo que llevaba en mis entrañas.

Más el corto acto de mi felicidad había llegado a su término, con una mutación demasiado imprevista y atroz, pero sugerente, para ser comprendida de que el telón había caído con estrépito, para dar lugar al segundo acto de nuestra vida tarada y sellada con el dolor de una honda y emocionante tragedia.

Desde aquí los acontecimientos se precipitan velozmente hacia una meta demasiado obscura y hacia una escena final acerbamente cruel, amarga y siniestra.

Cuando yo solamente temía por un peligro aun lejano e inseguro la sentencia ya estaba decretada. La negra nube avanzaba con marcada velocidad cubriendo el horizonte y sumiendo el amanecer de dos jóvenes existencias en la obscura y lóbrega noche de la muerte.

Apenas un mes había transcurrido desde la escena anterior, cuando supe por una mujer de la vecindad, que había conseguido llegar hasta mi casa por asuntos rela-

cionadas con mi pronto alumbramiento, de que dos familiares del Santo Oficio habían andado por el barrio inquirendo noticias sobre cierta gitana adivinadora que vivía por ahí a la usanza cristiana y que, por cierto, se ocupaba de su arte adivinatorio y de otras actividades relacionadas con la magia y la hechicería.

Seméjante noticia me llenó de sobresalto, sin atinar a responder, raciocinar y disimular ante la mujer que tan terrible noticia me traía. No se me ocurrió ni tuve tiempo tampoco, de ocultar un pañolón y otros vestidos de gitana, que como un recuerdo guardaba y los tenía colgados en una percha. Esas prendas las amaba con verdadero cariño, puesto que por ellas había conquistado el corazón de mi adorado Enrique.

La mirada de temor que fijé en esos vestidos fué notada por la mujer que, a pesar de todo, disimuló cuanto pudo y llevó la conversación a otro punto un tanto malicioso y solapado, en que al parecer inocentemente me preguntó si no era de Madrid y en qué pueblo había nacido, por mis padres y hasta por mi nombre.

Una conversación muy natural y llana en otras circunstancias normales, en que no hubiera mediado la amenaza de una denuncia acusatoria calumniosa y vengativa que, según mi conciencia blanca como el armiño, no podía mancharme en forma alguna, y que seguramente ante el tribunal de Dios mi inocencia estaba manifiestamente comprobada, pero no en el tribunal de los hombres que gobernaban a España, y sobre todo al negro y siniestro tribunal que para baldón y vergüenza de la humanidad administraba la justicia en la tierra de Felipe II, el demonio del Mediodía como gráfica y certeramente lo llamaban los hugonotes.

El tirano hipócrita, místico y sanguinario que usaba el hierro y el fuego para sostener una política absolutista y opresora se cogía desesperado de los tentáculos de un pulso viscoso y repugnante, negro y abyecto, que escondido en la penumbra de las cuevas, entre los cirios

y la cruz, entonando cantos litúrgicos y profanando esa misma cruz del Redentor, quemaba y martirizaba a la inocencia y hacía escarnio y mofa de Dios y de la humanidad.

El Maldito Oficio a quien aquellos réprobos llamaban santo, era en realidad un pulpo cuyos tentáculos estaban tan ramificados, que hasta bajo las baldosas y las piedras de la calle escondía o mostraba un apéndice o una membrana.

Los delatores y espías estaban en todas partes, se escondían bajo todos los techos y bajo la misma tierra. Era aquello la vileza y la hipocresía levantadas al nivel de un tabernáculo o de un trono demoníaco y maldito que oprimía al mundo.

Todo era profanado con sadista y satánica bota: el templo, la familia, el amor, la inocencia. El sacerdote dudaba del sacerdote, el hijo del padre, el padre del hijo, el esposo de la esposa, el hermano de la hermana.

¿Por qué no dudar entonces de que aquella mujer que venía a ofrecerse como comadrona, fuera una espía como muchas otras?. Los acontecimientos que se produjeron en seguida lo confirmaron ampliamente.

El dinero que Enrique llevó consigo desde su casa hacía mucho tiempo que se nos había concluido. nuestro ajuar también, vendido en poquísimos reales o en miserables provisiones para podernos alimentar. Mi marido no encontraba trabajo en forma alguna no obstante su mucha ciencia y saber, y la desesperación y el abatimiento empezaban a martirizarnos en forma por demás cruel.

Yo sabía y podía estarme una tarde sin pan acompañada sólo de mis lágrimas, en mi niñez fué mi costumbre y mi necesidad, y para procurármelo debía mendigar; pero ahora la situación era muy otra, y tanto por mi estado como por mi edad aquello me estaba absolutamente negado. Era además una mujer casada dependiente de un marido que por razón y deber debía alimentarme, más mi pobre marido no hallaba trabajo en

parte alguna, en aquella época oscura, intolerante, fanática y atrocemente gazmoña y supersticiosa, carente de progreso e iniciativas, pero pródiga en frailes y soldados, y en que, para no ser de ninguno de estos bandos, debía optarse por la siniestra carrera de bandido.

Y mi marido fué bandido sin yo sospecharlo siquiera; por desesperación, por venganza y acaso más que nada por su fuerte amor a mi y al hijo que en mis entrañas llevaba. Y tuve pan y tuve abrigo, hasta el momento que me prendieron y en que, en ausencia de Enrique, me llevaron a las mazmorras de la Inquisición.

Todo lo recuerdo y lo veo ahora claramente, nítidamente: la desesperación de Enrique cuando llegó a la casa y supo mi prisión por los vecinos del barrio, el juramento de vengarse primero en su tío y después en el propio Inquisidor Mayor si yo era ajusticiada, las oscuras cuevas a tres o cuatro metros bajo tierra donde fui encerrada, sin cama, sin abrigo y aun más, casi completamente desnuda, porque estos sádicos carceleros desnudaban a hombres y mujeres de cintura arriba, y de cintura abajo les hacían llevar por único vestido un sucio jergón que apenas les llegaba a las pantorrillas. Y así eran conducidos al tribunal para que declarasen ante sus jueces, atados todos a una larga cuerda con los pies y piernas desnudos.

Y así también fui yo llevada al fatídico tribunal, a una siniestra sala decorada y festonada de blanco y negro, donde tres hipócritas farsantes profanadores de Dios y de la religión tenían un crucifijo a sus espaldas, simulando cobijarse bajo su tutela, para hacer una justicia que sola se satisfacía con la carne desgarrada e chamuscada en un nauseabundo hedor de sacrificio e abominable asesinato.

¡Oh cuánta vergüenza, cuánto dolor!, al ver mancillado, entre hipócritas y humildes miradas, nuestro pudor de mujeres, por aquellos hombres sin entrañas, que se hacían mostrar la escondida carne del cuerpo fe-

menino, para hartarse lujuriosamente en la contemplación y el deleite de una apetecida materia, que entregarían después al verdugo para destruirla en pingajos en el potro o en el patíbulo, con las clavas, la rueda o la hoguera.

La cuerda en que fui llevada al tribunal era compuesta de veintidos personas: siete hombres y quince mujeres, siendo dieciocho de ellas condenadas a recibir tormento, por estimarlas contumaces impostoras, e incoar después con una exposición de culpabilidad el proceso respectivo. Las cuatro restantes, que sin duda los jueces las estimaron veraces, fueron ipso facto condenadas al patíbulo: dos a la rueda y dos a la hoguera, contándome yo entre las últimas. Las cuatro éramos mujeres y sobre las cuatro pendía la acusación de brujas.

La sentencia de mis compañeras fué ejecutada ocho días más tarde, y la mía, a causa de mi embarazo, dilatada hasta dos meses después de mi alumbramiento.

Pude comprobar durante los cuatro meses de cautiverio hasta mi suplicio final, que en las mazmorras habían de veinte a treinta personas casi desnudas, en que el pudor forzosamente había sido olvidado, y la falta absoluta de higiene había creado una atmósfera tan corrompida y pestífera, que a veces bastaba ese sólo tormento para enfermar y llevar a la tumba a una persona. Siendo esto posiblemente el motivo de ser tan rápidos los procesos y las sentencias.

Las mujeres jóvenes y bellas eran un tanto seleccionadas en mazmorras aparte, y en ellas los carceleros llevaban a cabo verdaderos actos de violación y estupro. Fui testigo muchas veces, a pesar de la obscuridad de la noche, de varias escenas canallas, en que hermosas jóvenes fueron sacadas a viva fuerza del calabozo y llevadas a otros departamentos, en medio de llantos y gritos de socorro que nadie podía atender. Al volver más tarde al encierro contaban con desesperación y en medio de amar-

gas lágrimas la infamia de que habían sido víctimas (1). Aunque yo estaba en uno de estos calabozos de selección la anormalidad de mi estado me libró de tan infames desmanes.

Nada pude saber entonces dentro de los muros de la Inquisición de la suerte de mi Enrique, ignorante como estaba de que mi marido era un activo afiliado de la Orden de la Garduña, la terrible hermandad de bandidos, y que esa gavilla fué a la finca del tío de Enrique, la que saqueó totalmente. El tío fué muerto y los edificios entregados a las llamas.

Posiblemente esto se debió al juramento que, a causa de mi prisión, había hecho mi marido y como una venganza que él estimaba justa. Por lo demás, pocos ignoran que el Inquisidor Arbué fué atacado a puñaladas en medio de una procesión religiosa en que iba a caballo. Su cota de mallas lo libró en esa ocasión de la muerte, más no después en que fué bárbaramente apuñaleado al pie de un altar donde hipócritamente hacía oración (2).

Muchos miembros de la siniestra gavilla fueron apresados, y entre éstos Enrique, quien en rapidísimo sumario fué condenado a la última pena; pero, eso sí, no sin haber sido antes atrocemente martirizado en el terrible tormento de las poleas.

Sabiendo estos verdaderos y feroces bandidos que, por escarnio y befa a la justicia, eran jueces y verdaderos verdugos de una grosera falsificación o ridículo fetiche que ellos denominaban justicia, que Enrique era mi esposo y que yo había tenido un fatal alumbramiento a causa de nacer muerto mi hijo, la ejecución fué adelantada en un mes, y ella se llevó a efecto conjuntamente

---

(1) De acuerdo con Llorente en su "Historia de la Inquisición". N. del A.

(2) Histórico.—N. del A.

con la de mi marido y de cinco infelices mujeres más, condenadas a la horca, la rueda y las llamas. Con referencia a mí y Enrique, ambos pereceríamos en la hoguera.

Y llegó el día en que debía despedirme de este mundo, en que debía morir y dejar la prisión, sus siniestros paredones, su aire corrompido, sus lóbregas cuevas y sus hipócritas sayones. El último día, en fin, en que por breves momentos aspiraría aire puro y miraría y escudriñaría el cielo azul, para ver si tras la filigrana de su finísimo tul encontraba una señal siquiera que me mostrara la esperanza, y con ella me diera la valentía y conformidad necesarias para saber morir llena de fé, con la conciencia limpia y la mirada puesta en Dios, de quien sólo esperaba la justicia, la legítima valoría de ser llamada una inocente y una mártir.

Desde mañana nos han sacado a un patio escueto y triste con altos paredones y ferradas puertas. Ahí nos han vestido con unas túnicas de burda estameña de color pardo, túnica que es la hopa siniestra del ajusticiado. Sobre nuestras cabezas un tosco y ridículo bonete de lienzo con dibujos pintados de diablos y serpientes, y en la mano una tosca cruz que realmente es el presente más valioso que aquellos sayones me han regalado. Y completada la singular toilette nos han subido a un carro que ha tomado la dirección de la plaza de la Cebada.

Por manifiesta y singular crueldad mi marido no va en el mismo carro sino en otro que ha partido momentos antes. No lo podré, pues, hablar y sí sólo verlo en los últimos momentos de mi mísera existencia.

Y heme ya en la siniestra plaza, que apenas es un terreno yermo y erlazo utilizado por sus características para las continuas ejecuciones, que en nombre de la fé lleva a cabo aquel tigre con corona tan aficionado a la carne desgarrada y al hedor apestoso de la chamusquina.

Un enorme tablado se alza en esa plaza, con gradearías pobladas por gran número de damas y señores, con

un artístico dosel al centro, adornado con colgaduras de terciopelo encarnado y flecos de oro, campeando en medio el ibérico león. Y bajo ese dosel, en actitud cansada y meditativa, el gran verdugo o siniestro personaje hijo de Carlos V, el católico monarca Felipe II, amo y señor de España y del Nuevo Mundo. El tirano, responsable ante Dios y la historia de los asesinatos de su hermano don Juan de Austria, del Marqués de Montigny, y de los Condes de Bergen, Egmont, y de Hoorn. El usurpador, se puede añadir, de la felicidad de su hijo Carlos, a quien más por celos que por creer fuera un conspirador lo entregó a las asesinas fieras de la Inquisición, el sádico monarca en fin, a quien su hijo emplazó ante el tribunal de Dios, de que ahí debía responder de la sangre humana con que regaba el suelo de España e hipócritamente vertía por la fé de una religión con la cual comerciaba.

El rey viste de gala y está rodeado de su corte de palaciegos fanáticos y serviles que ayudan y sostienen su tenebrosa política. Cercana al rey la tribuna del Gran Inquisidor, rodeado también a su vez de familiares del tribunal, jueces y altos dignatarios de la Inquisición. Y por fuera la decoración indispensable de toda ceremonia o acto noble o innoble. El soberano pueblo, ingenuo o simple gigantón, tigre narcotizado, abyecto y cobarde, ignorante de su dignidad y de su fuerza, a quien habría bastado un ímpetu de virilidad para aventar en alas del desprecio la cobardía y la fuga de aquellos fanáticos arlequines o sollastres malditos, traidores y asesinos.

Los condenados avanzamos con los cirios encendidos y la cruz en la mano derecha, ayudados por los frailes de la Paz y Caridad (1) que cantan una triste salmodia

---

(1) Una Orden Monástica que desde siglos atrás se ocupa en ayudar a bien morir a los reos condenados al patíbulo.—N. del A.

in mortis. Gruesos piquetes de soldados provistos de todas armas forman en cuadro alrededor de la plaza.

Todos hacemos alto esperando la señal del rey, del omnipotente déspota dueño en ese momento de nuestras vidas. El católico monarca que sin duda se figura hijo de dioses, no comprende o aparenta no comprender que el verdadero Dios, entre truenos y rayos, entregó en el Sinaí un DECALOGO que estatuye seriamente, claramente y justicieramente: NO MATAR, sin distingos, tergiversaciones o dudas de ninguna especie, en que razonadamente se interpreta y se comprende que ninguna persona está autorizada, para quitarle la vida a otra; Dios no autorizó, pues, bajo ninguna forma los asesinatos, llámense ellos legales o ilegales, jurídicos o políticos. Más el fetiche de una ley humana inventada por los mismos hombres encargó a los audaces usufructuarios de las regalías y el despotismo, reformar ese DECALOGO legislado y dictado por un juez severo, soberano y omnipotente llamado Dios.

Dando un suspiro de la más ruín hipocresía, Felipe II hace la siniestra señal para que empiece la sangui-naria orgía y los reos entonces son llevados al lugar de su suplicio.

¿Ah, por fin he podido ver a mi Enrique? Está lejos, pero me ha visto, no oigo su voz, más veo que se mueven sus labios y su mano derecha que sostiene la cruz se levanta hacia arriba mostrándome el cielo. Dios me da esfuerzo para contestarle su señal en idéntica forma articulando mis secos labios un gemido que en vano he querido fuera una palabra de eterno adios.

Las ejecuciones han principiado ya, dos desgraciadas mujeres penden de la primera horca, pataleando y sacando la lengua.

Es algo atroz aquel espectáculo, aterrador, espeluznante y digno de un mundo infernal; de un cuento dantesco o de una pesadilla, y sin embargo, verdadero y real

y presenciado en la cristianísima España, en Madrid capital del reino.

En otra horca cercana a mí penden otras dos mujeres que han hecho idénticos visajes, y por último han colocado en la rueda a la última infeliz, quien al ser movido el aparato y quebrantarle los huesos lanza espantosos alaridos que el verdugo acalla, descargando con una maza recios golpes sobre la cabeza y otras partes vitales del cuerpo.

Alcanzó sólo a ver un montón sanguinolento de carne, sin forma ni aspecto humano, cuando a mi vez soy empujada brutalmente al poste donde debo morir.

Beso la cruz y miro al cielo, y ese cielo me oye y me da la esperanza, porque veo la cruz en medio de nubes color oro que la circundan y le forman nimbo, para después ser substituída por una corona de palmas que ostenta al centro, clara y nítidamente, en fosforescentes caracteres la inscripción: "Para los mártires".

¿Es verdad lo que veo o es sólo un delirio de mi cerebro enfermo en el postrer instante de la existencia?, no sé, no comprendo, más creo y tengo fé, confío y espero a mi Dios. Y desde ese momento la fé me salva, la esperanza me fortifica, y soy valiente y no temo a la muerte.

Me dejo atar al poste rodeado de grandes haces de leña impregnados de resina, y la pira es encendida y arde. El humo me ciega y me sofoca, más alcanzo a ver a Enrique envuelto en llamas, al rey y su corte en medio de una siniestra nube negra y bermeja y a Pandolo que me mira y me pide perdón. Y al abandonar entonces el mundo, perdono al uno y al otro: al miserable déspota de un rebaño de siervos apellidado nación y al infeliz demente celoso y traidor que me originó la muerte.

Mis vestidos arden e igualmente mis cabellos. Un terrible calor me abrasa, me desasosiega y muerde mi carne con dientes de sierra y púas de acero y... nado en un mar de fuego dilatado e infinito; un suplicio atroz e incabable que parece no tendrá fin... Más, pronto todo

cesa, me despierto y me sumerjo en una fontana de azul y cristalinas aguas de deliciosa frescura, de absoluta paz e idílica felicidad que... al fin me llevan a la opuesta frontera en que debo leer la sentencia de mi anterior vida, que ahí está expresamente escrita para que la lea, la madure y la comprenda que la ley divina nada perdona ni nada deja sin premio ni recompensa: verdadera y tangible JUSTICIA y no sustituto escandaloso y grosera falsificación de un Código o purísima Ley que ordena perentoriamente a los hombres amarse unos a otros y practicar el AMOR que es la cascada cristalina, dulcísima y potente que los lleva a la sublime perfección.

## CAPITULO VI

Los múltiples intereses, los continuos trabajos y las febriles ansias de conseguir una efímera felicidad material y terrenal, llevan a embarcarse a los hombres en un navío obscuro y fantasmal que los conduce por un mar de tinta y negra pez al tenebroso reino del materialismo, del grosero materialismo que les impide comprender y analizar un futuro preñado del más indescifrable misterio y de la inquietud más angustiosa y aplastante.

Y la duda los muerde y los confunde entre gritos de espanto y muecas de esperanza, para alcanzar algo que les está justicieramente vedado y manifiestamente prohibido, cuando aquello no se consigue por la línea recta o el augusto sendero del AMOR Y EL SACRIFICIO.

Más, cuando la materia desaparece, cuando el alma rompe las ligaduras que la mantenían atada a esa materia deleznable y grosera, que después más noblemente vuelve al polvo de la tierra, en un sabio proceso de descomposición que la química explica erróneamente y nunca ha solucionado de una manera satisfactoria, entonces el misterio desaparece, la luz alumbra, la verdad se im-

pone y la justicia exhibe la balanza y la espada que pesan y hieren los actos y las conciencias.

Y esa conciencia ve y comprende su mal y su castigo en una sabia sentencia que, en la frontera de la vida con la muerte, está destinada y escrita para nosotros, en caracteres gruesos y perfectamente legibles para aquilatar sin ignorancia alguna, lo que es bueno y lo que es malo.

Y ví esa cuarta sentencia de mi cuarta vida, que escrita estaba ahí como las otras, resumiendo en ella toda una existencia estéril, pecaminosa y atrozmente materialista, destinada al deleite y a los vicios, agitados dentro de una balsa de fango viscoso y hediondo, que salpicaba y ofendía a la moral, a la justicia y hasta el mismo cielo. Claramente lo decía esa sentencia: "Habéis sido una sacerdotisa del vicio y la materia, amante del deleite y del amor grosero. Quemada será la materia culpable o la carne concupiscente, en una hoguera de sacrificio y purificación, que os permita, en la siguiente vida, ser un varón sabio que enseñe al mundo el camino de la virtud y la justicia".

.....

Son los tiempos del fenecido Imperio Romano, semillero de vicios, barbarie y esclavitud, en el reinado de Hellogábalo, el fementido histrión invertido de hipogastrio desnudo, concupiscente adorador de la Piedra Negra y cuyo fin fué la hoguera, en una pira gigante de cuerpos femeninos, cuyas llamas las proporcionaban la grasa y la carne de esos cuerpos, chisporroteando entre nubes de humo y nauseabundo olor de chamusquina.

En esa época vivía en la vieja Roma fundada por los gemelos amamantados por la loba, una mujer hermosísima, adoradora de los dioses, observante de las ofrendas y viciosa y pervertida como eran casi todas las mujeres de ese tiempo.

El monolito sagrado o piedra negra que representaba el atributo masculino estaba en medio del jar-

din, siempre rodeado de flores y lamparillas encendidas, cumpliendo así con el rito y rindiéndole a ese atributo la adoración debida, ya que todas las potencias de su pensamiento e inteligencia estaban concentradas en el placer afrodisíaco, en el deleite de la carne y en la comunión de los sexos en una orgía de desenfundada bacanal y voluptuosidad.

Poseía una espaciosa quinta en las cercanías de Roma, con jardines y estanques, con bosques dilatados y con un edificio que era por su magnificencia un verdadero palacio, revestido de costosos mármoles, de valiosas maderas y de columnas y estatuas de jaspe y bronce, alhajado además con muebles y tapices de gran riqueza y valor.

Era el ama de gran número de esclavos de ambos sexos, todos jóvenes y hermosos, en especial los hombres, que eran efebos de una edad nunca superior a dieciocho años y procedentes la mayoría de ellos, de la hermosa Grecia, que es famosa y fecunda en la belleza adónica y venustina de sus habitantes.

Excusado es que siga manteniendo por más tiempo el incógnito y no diga desde luego que la hermosísima, rica y depravada mujer era yo misma, que vegetaba en la grata y adormecedora vida de los placeres prohibidos; rindiéndole ofrendas a Venus y pleitecía a Baco, en continuas bacanales y orgías que se celebraban en mi casa. Todo ello por ser la costumbre y el gusto de la época y también por mi profesión de meretriz que amaba sobre todas las cosas de la tierra, permitiéndome esa depravada profesión, el deleite de una vida y de una juventud que estimaba no concluirían nunca.

Sería incurrir en redundancias o repetir mal lo que tanto y tan bien se ha escrito por galanas plumas y escritores famosos sobre las escandalosas costumbres de la Roma gentil o idólatra, que por ello excluyo la difusión absteniéndome de narrar hechos y relatar escenas demasiado crudas que, por otra parte, se pueden muy

bien consultar en tantos libros famosos. Además, me lo priva la solemnidad de la presente historia que viene de un mundo superior y menos materialista que el de ustedes, aunque de ningún modo me abstendré de narrar ciertos hechos que forzoso me será revelar.

Una mujer de mi clase y de mis costumbres debía también ser cruel, avasalladora e inhumana. Lo indicaba necesariamente el medio en que actuaba y el hecho de ser rica y ama de una cantidad respetable de esclavos, que forzosamente debían sufrir los caprichos y el rigor iracundo de un carácter veleidoso y atrabiliario, que tan presto pasaba del afecto más maternal a la crueldad y despotismo más absolutos.

En las escandalosas escenas en que actuaba yo y hacía actuar a esos esclavos, más de una vez mandé azotar bárbaramente a una impúber muchachita, por no querer desnudarse y entregarse a actos deshonestos y depravados, que el pudor de la inocencia rehuye con energía.

Una simple gota de vino vertida sobre mi desnudo cuerpo por la torpe mano de uno de mis efebos, el no saber acariciarme con deleite o manifestar cansancio cuando mis pies descansaban sobre sus espaldas desnudas, eran motivos suficientes para que ese efebo fuera castigado por mi mano con la pelota de lana y pinchos de acero, con la que una y otra vez golpeaba las tersas y juveniles carnes de ese muchacho, carnes para mí tan caras y preciadas en otras ocasiones.

Más por deleite y depravación que por necesidad vendía mi cuerpo escultural y hermoso que a tan elevado precio cotizaban los patricios y otros altos dignatarios del imperio. Y en esos trastornos de mi mente enferma, transportes o cambio de impresiones, como llamaba yo a aquellas escenas, mi actuación era la de la erudita profesional o la de la sacerdotisa de un rito misterioso de voluptuosidad, que contaba con recetas y mixturas extrañas para llevar a los últimos límites de la histeria el nexo de los sexos.

En las fiestas del circo en que tenía sito especial y preponderante, gustaba de ver el atlético cuerpo de los gladiadores untado de aceite y rojas de vermellón las cicatrices, llamarlos por sus nombres de guerra, azuzarlos al combate y ofrecerles el pago de mis brazos si eran vencedores.\*

Y cuando los bestiarios abrían las ferradas puertas para dar paso a la arena a las feroces fieras, con las fauces dilatadas, colgante la lengua y la enmarañada melena al viento, vitoreaba y me sentía feliz al ver a un león o a un tigre que desgarraba con las aceradas zarpas las marmóreas carnes de una mujer o un niño. Acaso me sentía tigre también, gato u otro felino desconocido, aunque al parecer fuera mujer hermosa dispuesta a la miseria y la piedad.

Mi mano se alzó más una vez solicitando la clemencia del César para un esclavo valiente y apolíneo que me interesaba, pagando esa clemencia con la moneda favorita de mi vicio y de mi histeria.

Y todo iba pasando sobre una balsa de tranquilas aguas, entre flores rojas y suspiros eróticos de un placer inacabable; en un concierto concúbico de extensa duración, pletórico de matices y lleno de afrodisíacas esencias que sumían la mente en la idiotez o la locura.

Pasó la juventud y llegó la edad madura que en la mujer principia a los treinta años. Y esa madurez portadora en muchos casos de la experiencia y la razón, en mi desgraciada y erótica naturaleza no hizo ninguna mella, sino al contrario, sumirla más aún en la sentina tenebrosa del vicio y la maldad.

Creía falto de manillas al maravilloso cronómetro que marca el tiempo y las edades de esta vida; edades catalogadas matemáticamente en años, meses, días y horas, y en que cada una de estas medidas tiene un destino severo o una misión secreta que cumplir. Misión extensiva no sólo al planeta sino a los continentes de él, a las naciones y a los individuos de la humana especie.

Todos tenemos, pues, nuestra hora, nuestra misión y nuestro destino en la vida, y ese destino me llegó al fin en forma convincente y muy sugestiva, ante la rivalidad manifestada por otra dama joven y hermosa de igual linaje e iguales condiciones a la mía.

Rivalidad sostenida por la posesión de un gallardo centurión de la guardia del César, que ambas nos disputábamos en una enconada lucha, que al fin debió hacer crisis en nuestros nervios excitados de damas galantes, carentes de raciocinio y huérfanas de pudor y moralidad.

Asidua concurrente a las fiestas que daba Heliogábalo en palacio, que por otra parte eran escandalosas orgías, o más bien impúdicas exhibiciones de desnudez de hombres y mujeres, más de una vez actué en esas exhibiciones con una alegría y entusiasmo propios de mi lúbrico temperamento.

Heliogábalo acostumbraba pasear por los jardines de su palacio en un ligero cochecillo de dos ruedas, del que tirábamos seis mujeres desnudas embridadas con cintas de colores, yendo él mismo también y un efebo de poca edad, a quien acariciaba, vestidos de igual manera.

Claro que ésto era en medio de una alegría loca y de un frenesí desbordante de pasiones al que no eran extraños los palaciegos que nos contemplaban, quienes, poco después del original paseo, se disputaban a puñetazos la posesión de cada una de nosotras. Y entonces, al toque de una trompeta, tenía lugar entre los árboles del parque, bajo los bosquecillos o a orillas de las fuentes, las escenas más escandalosas que es dado registrar.

Esto divertía en extremo al lúbrico adorador de la "Piedra Negra", que con todo frenesí se entregaba también al cumplimiento de su misterioso y extraño rito, entre los lamentos de los muchachitos y las risas de las cuncubinas que lo rodeaban.

Es pálido todo cuanto se pueda decir con respecto a Hellogábalo, a quien parece lo había adornado la naturaleza con todos los dones de la hermosura. Era realmente un verdadero Adonis de cuerpo grácil y fino, de cutis de alabastro, y de un rostro tan hermoso que daba envidia a las mismas mujeres. La mirada de sus rasgados y bellos ojos era benévola y humilde y el brillo de su poblada cabellera, al recibir los rayos del sol, podía competir ventajosamente con el oro bruñido.

¿Cuánta hermosa materia y qué bello cuerpo en una alma tan oscura, tan mezquina y tan miserable? Un verdadero contraste o acaso un humano, gráfico y viviente ejemplo, de que la hermosura sin ir acompañada de la virtud, es manantial de aguas amargas o seca cisterna impedida de abreviar la sed del caminante.

Mi corazón siempre cerrado a los nobles impulsos del amor, que yo equivocaba lastimosamente con la lujuria, latió ahí, en esas mismas orgías, en el desenfreno y la concupiscencia, en el libertinaje y entre el hervidero de pasiones que agitaban con furia satánica nuestro erótico temperamento.

En esas fiestas, pues, nació mi amor, contemplando o más bien poseyendo a un joven y hermoso centurión, que, como todos, era ageno a la fidelidad con una mujer, fidelidad que en aquel tiempo y en aquella época, era vana palabra desprovista de sentido o simplemente desconocida.

Y al cortejarme a mí, cortejó a muchas otras, en especial a una hermosa mujer que al igual que yo gustábamos de conducir el carro de Hellogábalo.

Y aquí fué la lucha, el encono, la intriga y hasta el crimen para lograr enteramente el amor del bello centurión. Yo no amaba solamente su cuerpo, sino su corazón, su alma o acaso algo impreciso que no podía comprender, que yo me preguntaba y me sumía en hondas meditaciones, sin conseguir, por otra parte, me

calmara el deseo, sino al contrario lo exacerbaba en forma terrible y avasalladora.

Una tarde en que locas de contento y ebrias de alegría conducíamos entre gritos espasmódicos y risas histéricas el cochecillo del Emperador, quien con su fusta de cintas golpeaba suavemente nuestros lomos para que aligeráramos la marcha, sorprendí al centurión que misteriosamente hacía señas a mi rival para que sin duda se juntara con él después del toque de trompeta, al iniciarse la segunda parte del escandaloso espectáculo.

Fué tan grande la ira que experimenté y tan cruel el dolor y sacudida nerviosa que me hirieron en forma imprevista, que estuve por soltar las floreadas varas del cochecillo y echar a correr donde el centurión, a quien habría abofeteado con toda alevosía. Más, me retuve de pronto y esperé pacientemente el momento oportuno para mi venganza, el que lógicamente no tardó mucho en llegar, puesto que todos esperaban locos de deseo el instante que sonara la trompeta.

El bronce al fin dejó oír la señal del placer, la señal del festín monstruoso de sensualismo e histérico delirio en que hombres y mujeres se apretujaban, se abrazaban y se mordían sobre el césped de los jardines, sobre el mármol de los estanques o entre los bosquecillos del parque, en un concierto o loca comunión de sexos, de carne palpitante o frenética erotomanía.

Golpeé llena de ira la cara de un hombre que quiso cogerme, me deslicé tras los jardines con paso y astucia felinas. Encontré un puñal entre unas vestimentas masculinas y femeninas que habían cerca de un mazo de plantas, tras las cuales se sentía el rumor de una pareja, y me encaminé con toda cautela hacia el sitio en que estaba mi rival.

Llegué pronto sin que mis pasos fueran sentidos, y entonces, sin raciocinar ni pensar, ciega de ira, loca de celos y ebria de venganza, descargué mi puñal cinco

o más veces seguidas sobre la desnuda espalda del centurión que no pudo defenderse y expiró casi instantáneamente.

Respecto a la dama que lo acompañaba, huyó dando espantosos gritos, seguida de mí, con el puñal en alto, tratando de alcanzarla y dispuesta a hundirle el arma en el mismo corazón.

Fuimos cogidas ambas y llevadas a presencia del Emperador, quien impuesto de que el centurión había sido asesinado por mí, en un arrebato de furiosos celos, ordenó que atendiendo a que éramos dos damas de elevada alcurnia que habíamos actuado en un drama pasional, debíamos, para no ser castigadas con la muerte, lavar la mancha de un delito afrentoso cometido en sus propios jardines, batiéndonos en un duelo a espada o puñal, ahí mismo, a su presencia y desnudas como estábamos.

Declaró que el centurión era un distinguido oficial de su guardia a quien apreciaba mucho, motivo por el cual su muerte debía ser vengada de un modo ejemplar, como también el hecho inaudito de haber turbado, dos mujeres celosas, un espectáculo brillante de amor y alegría del que no había podido disfrutar enteramente, por lo cual en reemplazo y como número especial debía efectuarse el combate anunciado.

Esta sentencia del Emperador fué del agrado de todos y entusiastamente aplaudida, siendo al instante colocadas nosotras al centro de un círculo formado por los espectadores, armadas ambas de una espada corta de afilada hoja e instadas a batirnos al momento, so pena de ser ahí mismo apuñaleadas.

La ira aún no me abandonaba y el hecho de estar desnuda no podía causarme vergüenza alguna, puesto que la mayoría de los espectadores y el mismo Emperador estaban desnudos como yo. Además, a aquella mujer que estaba frente a mí la odiaba con toda mi alma, circunstancia que influyó poderosamente para que al

darse la señal del combate fuera yo la primera en atacar, tirándole un mandoble a la cabeza que afortunadamente alcancé, hiriéndola en una oreja de la cual principió a manar abundante sangre.

Mi rival, al sentirse herida, dió un fuerte grito de dolor y rabia, y ciega de venganza se abalanzó sobre mí para liquidarme hiriéndome en el pecho, golpe que conseguí parar recibiendo en cambio una grave herida en el antebrazo, que con el ardor de la lucha no sentí ni fué impedimento suficiente para que siguiera adelante el furioso combate.

Desde ese momento nos herimos con toda furia y crueldad y en un duelo a muerte en que no nos dábamos ni nos pedíamos cuartel; sin orden, sin defensa ni método táctico alguno, dando y recibiendo heridas sin que ningún golpe se frustrara, rojas de sangre con los ojos espantosos y la boca abierta en un hálito o suspiro potente de destrucción.

Creí matarla con una profunda herida que le inferí en el cuello, más ella llena de espanto y desesperación se arrojó sobre mí; sin hacer caso de la espada enemiga ni de su afilada hoja que le infirió atroces y mortales heridas, y así y todo, me clavó la suya medio a medio del pecho.

Dí un espantoso grito y caí de espaldas, mientras un chorro de sangre que parecía salir de un caño se escapaba de mi pecho.

Mi rival también cayó para no levantarse más. . . . y ambas entonces caímos allá, al insondable pozo de la muerte, a la obscura cueva, al sótano profundo o negra noche de los malos. ¿Silencio aterrador, obscuridad impenetrable, lóbreguez, tinieblas, tormento inacabable cuando cesarás?

## CAPITULO VII

Un sueño es a veces un sueño grato en que una persona duerme plácidamente cinco o seis horas seguidas sin soñar ni despertar, mecida en un medio o en un mundo que al fin semeja no ser ninguna cosa, porque absolutamente nada recuerda y parece significarle que nadó en el piélago misterioso e infinito de esa misma Nada. Dicha persona creyó no existir durante esas cinco horas y al despertar se pregunta un tanto desorientada o misteriosamente intrigada: ¿no será así lo que llaman muerte, no será un verdadero sueño extenso y dilatado de pocos o de muchos años que nos priva de nuestro ser y caigamos al fin al seno de la propia naturaleza?

Y esa persona es desde ese momento un ser manifestamente perdido para el mundo espiritual, un adepto del Dios materialismo, un apostol de la duda y al fin un Egoísta o un ente esencialmente nulo que estará destinado a vegetar esterilmente entre sus hermanos de la tierra.

El sueño físico que él compara con la muerte es el

reposo del Ego que no recibe los latidos del subconciente, es en una palabra la ausencia del alma sin dejar recuerdos ni menos enviar vibraciones a ese Ego, que cuando más realista y grosero sea mayor será la placidez para dormir, sin ensueños ni recuerdos de ninguna especie.

En cambio el Ego adelantado no dormirá sin recuerdos ni ensueños, porque el alma vibrará y le enviará noticias hora tras hora desde el plano donde viaja; algo semejante acaso al amigo o ser querido, que al encontrarse en un país extranjero o en un continente extraño le envía a su amigo o pariente amado las impresiones que recibe durante su estada en ese país. Este es el motivo porque el místico, el intelectual o el artista jamás dejan de soñar.

La muerte no es de ninguna manera un largo sueño en que no somos nada, muy al contrario, tanto para el bueno como para el malo será siempre un manantial de recuerdos o un libro abierto de muchas hojas en el que lea hora tras hora el acervo de sus acciones buenas o malvadas. Es una sentencia fija y clavada reciamente en la conciencia con pinchos de hierro y caracteres de fuego.

Más, al encarnar o vivir de nuevo en este mundo llamado tierra, según sea el grado de adelantamiento espiritual recordará o no recordará nada de su estadia en el mundo supra físico, igual acaso al niño o al hombre que no recuerda los primeros días de la infancia ni tampoco sospecha o no sabe nada de los meses que estuvo en el seno materno; sin embargo, nadie niega ni pone en duda estas cosas, ¿por qué? porque sencillamente ve el ejemplo con los ojos físicos del cuerpo, de una manera gráfica y enteramente material, demasiado material, porque estamos en un mundo físico y al alcance de nuestros poderes que se traducen más que nada por los ojos y las manos. Empero no por ello neguemos lo espiritual y dejemos de comprender espiri-

tualmente también que al igual del infante de pocos días que estuvo en el seno materno, todos hemos estado en el seno de ese mundo supra-físico que negamos y no vemos, y que no obstante carecer de materia hay espíritu, del cual traemos una buena dosis a este plano rastroso e ingenuo, soberbio e ignorante, que como tal es audaz y atrocemente insolente.

Pensamos, raciocinamos y hasta creamos cosas que atañen exclusivamente al espíritu: una magistral composición musical, una obra literaria famosa o una poesía que conmuevan, con la belleza de la palabra escrita, las fibras recónditas de nuestra alma, serán cosas esencialmente espirituales aunque se las denomine con la anodina palabra de intelectuales. Como será también una escultura o cualquiera otra obra plástica de un artista inteligente que haga vibrar y sentir su espíritu a través de esa obra que llama la atención y conmueve nuestra alma.

Recordemos que la electricidad no se ve, pero que no obstante ello mueve las usinas, los ferrocarriles y los barcos, y lleva la claridad y alumbrada la lobreguez de la noche,—igual que el espíritu al cuerpo,—el alma o el progreso de las ciudades modernas.

¿Y qué diremos de la radiografía, la telefonía y hasta de la televisión? Realmente que para el hombre sólo hay dos caminos: creer o no creer, lo primero se traduce en la fé que reconforta, da esperanzas y fortaleza suma para la lucha, lo segundo es la negación absoluta, nula de poderes, huérfana de pensamientos altruistas y atrocemente angustiosa cuando enteramente se vive en los brazos de esa estéril mujer que se llama Duda.

.....

He despertado o creído despertar de un largo sueño o más bien de una atroz y siniestra pesadilla que me sume en la contemplación aún no interrumpida de lo que he visto. ¿Ver?,—¿qué he visto? cuando he sentido

sclamente,—y mis ojos sólo han contemplado obscuridad profunda, silencio absoluto, sombras y angustia innarrables. Más ahora veo con una claridad relativa el justiciero cartel, la macabra advertencia que dice: "Habéis sido esclavo sujeto al látigo, al trabajo, a la desnudez y al hambre, mujer serás de una belleza maravillosa, rica y ambicionada. Cuida de la virtud si quieres progresar, sé justa y hace el bien si quieres adelantar. ¡Pon atención que el terreno es falso!

Nací esclavo, esclavo soy desde que he visto la luz he andado desnudo, sujeto siempre al látigo y al trabajo. Un sol de fuego tuesta mi cuerpo, mis carnes están desgarradas por los azotes, mis manos curtidas por las callosidades de un trabajo más de bestias que de hombres: amontonar piedras sobre piedras en la ejecución de una obra que ya dura siglos. Mi escasa inteligencia nada me contesta cuando le pregunto para que puede servir esa gigantesca fábrica de moles de granito que miles de esclavos debemos levantar por medio de poleas y de andamios a una altura centenaria de metros.

No sé para qué sirven esas pirámides cercanas al Nilo bendito de divinas aguas que mitigan nuestra sed. Esas pirámides que traducen la soberbia y el esplendor de los Faraones que se creen hijos de los dioses y dominadores de la Humanidad, atravesarán los siglos y llegarán a todas las edades, y todas esas edades contemplarán más no aprenderán que esos monumentos levantados con el sudor, la sangre y las lágrimas de miles y miles de esclavos, es el perenne ejemplo de la explotación y soberbia de los audaces. Esos monumentos pregonan el egoísmo, el poder, la riqueza y la tiranía del hombre sobre esta tierra maldita de eterno martirio, que siendo solo cárcel el mismo hombre la convirtió en presidio forzado para los humildes desprovistos de oro y privilegios; para esos eternos parias de la vida sujetos a levantar la eterna mole de la injusticia, sobre la llagada carne de esclavos encadenados, a una legislación

amoral e impía que clama al cielo, entre llantos de mártires y gritos de rebelión, el justiciero exterminio de esa maldad.

La visión va desapareciendo poco a poco, cual si yo fuera volando en un potente aeroplano de fuerza desconocida. Vuelo y sigo mi trayectoria hasta llegar a mi anterior vida y a mi antigua patria: la India misteriosa, cuna de las ciencias, espejo de las edades remotas, crisol de la milenaria civilización, nexo entre la barbarie y la cultura y cofre misteriosamente guardado de los conocimientos esotéricos.

Y me ví en mi patria en los albores de la civilización antigua, en que era un yoguí con poderes bastantes para leer como en un libro en la naturaleza puesta al alcance de mi vista. Vivía en una lauria (1) lejos de los hombres y huyendo de su contacto, entregado a la meditación y a la penitencia, oyendo inocentemente el canto de las aves del cielo y recreándome en el color de las flores de los bosques, que matizaban el mundo y la vida.

Era un santo y un sabio que había recibido esa sabiduría que mana del Gran Todo, del infinito Todo a quien se debe cuanto existe y cuanto existirá. Y veía cómo en un espejo mágico la historia del mundo desde sus comienzos hasta su fin. Ese espejo me mostraba la milenaria lucha del Egoísmo y la Maldad para imponer y sentar una civilización que al igual de esas viejas pirámides de Egipto, atestiguaran al mundo que ella será siempre amasada con el sudor y la sangre de los esclavos: de los eternos esclavos hoy desaparecidos nominalmente de la tierra por la artera hipocresía de los hombres, más, enteramente reconocidos por todas las legislaciones y por todos los gobiernos del mundo, como algo natural e inconcuso, pero manifiestamente reprobado por Dios con

---

(1) Habitación triglodita bajo tierra.— N. del A.

un estigma marcado con ascuas de fuego sobre la frente de los explotadores.

Veía en la China la tiranía de los mandarines, en Roma la tiranía de los Césares, el oscurantismo de la Edad Media, la dominación de los árabes en España y Francia, la lucha de ochocientos años y la desmembración de esa misma España en minuúsculos reinos, la unión después de ese pueblo y la gloria también por mano de una mujer llamada Isabel de Castilla. Veía más tarde un Nuevo Mundo poblado al principio por unos hombres felices que no conocían esa droga maldita llamada CIVILIZACION, pero subyugados más tarde por una raza de color blanco, aunque de conciencia y almas negras, que llevaba a ese Nuevo Mundo o virgen y purísima tierra la eterna explotación del hombre por el hombre.

Y la visión cambiaba y los hombres de color caoba crecían, aprendían y arrojaban al fin a los otros, tornándose a su vez en déspotas superiores que concluían también por explotar a sus propios hermanos de raza y sufrimiento. Ese Nuevo Mundo era ya grande y envenenado con la maldita droga de la civilización; era rival de Europa en todos sus órdenes y en todos sus vicios, en el mal y en el bien.

Y pasmosamente asombrado contemplaba los inventos, las industrias, el confort, la muelle vida de algunos y la horrenda miseria de otros, y todo en una continua evolución, en un movimiento obediente a una polea o engranaje mecánico y maldito sin término ni fin. Y en medio de todo esto y para conseguir todo esto, el fantasma pavoroso, el monstruo horrendo de la guerra, triturando y matando a media humanidad en beneficio malvado y directo de una ínfima minoría de egoístas y cobardes.

Todo esto podía observarlo con el don de sabiduría y santidad de que era poseedor, con esa clarividencia que se suele obtener después de múltiples vidas y de

múltiples ensayos de perfección. Preciosa virtud sin duda, carísimo don y valioso talisman espiritual, aunque difícil de conservarlo ante los persistentes llamados de la materia, que tiende a apagar la llama de esa santa lámparilla alimentada con el aceite bendito de la virtud.

Y la llama se apagó al fin cuando olvidé la misión; cuando fijé la mirada o reverencí al ídolo de deleznable y grosera materia, amargo brebaje y mortífera manzana, que no sólo anonada y domina al mundo con la ciclopea fuerza del averno, sino que mata también el espíritu por centurias y centurias de dolor.

Y heme aquí que debo seguir avanzando siempre en la misteriosa caminata o ruta expiatoria, no sin haber antes leído el macabro y escalofriante cartel: "Por un placer efímero y grosero perdiste la sabiduría de un Dios, vuelve pues a recuperarla por medio del trabajo y el dolor".

Y llego al amanecer de las edades, en la época carente de historia y, en que cuanto de ella se dice no pasan de simples conjeturas, más o menos lógicas, de como pudo ser la vida que llevaron los primeros hombres que habitaron el planeta, y que lógico también es suponer fueron por selección y cruzamiento con un subhombre que a la vez traía su origen en el reino animal y en un individuo a más bajo nivel. Y así bajando y bajando siempre por la escala graduada de la naturaleza, que no procede a saltos sino escalón tras escalón, atravesamos el reino animal y entramos en el vegetal, el que en igual forma recorreremos hasta llegar científicamente al mineral, que fué el primero que existió en la tierra.

Puede ser más o menos certera esta hipótesis, que yo no estoy en condiciones de dilucidar, ya que mis recuerdos sólo datan hasta esa época en que veo una al parecer tormentosa tarde de invierno, y en que la naturaleza semeja llorar con potencia angustiosa ante el desgraciado destino que le espera a ese animalillo de dos

pies que ella ha criado con la savia generosa de su seno prolífico.

Habito en una primaria construcción, mitad sótano y mitad cabaña, o más propiamente una profunda cueva labrada en un cerro rocoso con una cabaña de troncos y ramas a la entrada de esa misma cavidad.

Estoy completamente desnudo y me caliente, a causa de la baja temperatura, en un fuego de ramas secas de las cuales tengo buena provisión. Hay a mi lado una hermosísima mujer, que aunque está casi tan desnuda como yo, por cubrirle solo la espalda una piel de oso de largo pelaje, se ve la finura de una blanca epidermis y unos pies pequeños calzados solo en la planta por unas toscas sandalias de cuero peludo.

Los cabellos de esta mujer son rubios como el oro, el óvalo de su rostro es perfecto, con una boca pequeña y coralina y unos ojos azules de manifiesta belleza. Es una hembra realmente hermosa de altivo porte y gentil figura a quien adornan además la simpatía y la gracia, manifestadas en la sonrisa que dibujan sus labios, todo lo que contribuye a pensar que esa mujer puede pertenecer a una raza de color blanco.

Debe amarme mucho, por la solicitud que gasta en acariciarme, para fijar en mí su mirada llena de amor y hasta para querer hacerme participe de una punta de la piel que la cubre, con la cual trata de abrigar amorosamente mis ateridas rodillas.

No hablamos porque no sabemos hablar, el idioma aun no ha nacido entre nosotros. La mirada y los halagos cuando no los gritos y los gestos son la mimica que gastamos muy eficientemente para comprendernos y hacernos entender los pensamientos. Aquello de hablar no nos hace falta en modo alguno, ¿para qué? cuando es tan poco lo que podemos decirnos o contarnos, que con solo los ojos nos sobra y basta.

Dentro de la cueva no tenemos el más humilde, tosco y miserable mueble, sólo algunas piedras nos sirven

de asiento; un camastro de hojas secas es lo único que hay en ella y, nada más, porque los cobertores de ese lecho son solo la piel de oso que ahora cubre las espaldas de mi grácil y gentil compañera.

Hijos no los veo y parece que no los tenemos, aunque noto que el busto de mi esposa está un tanto grueso, lo que indica que está en cinta y próxima a darme un heredero que perpetúe mi especie.

¡Qué pobres somos, pero qué felices también ante el desconocimiento absoluto de las necesidades que el mundo ha creado después! Apenas tenemos nuestro cuerpo y nuestra piel, y sin embargo, nos estimamos más poderosos que un rey, porque en realidad somos reyes de una extensa y dilatada comarca poblada de espesos bosques, con árboles de toda especie, de ríos y fontanas de cristalinas y azules aguas, con gran variedad de peces y playas blancas, bulliciosas y rientes, en que las ondas quiebran en combas amorosas el tierno beso de sus espumas.

Tenemos también aves y pájaros en profusa variedad de especies y de colores, pero por desgracia la comarca es abundante en animales bravíos y salvajes. Algunos de esos animales conseguimos dominarlos por medio de trampas y cazarlos para que nos sirvan de alimento, pero los otros son demasiado corpulentos y demasiado feroces para que nos atrevamos a enfrentarlos.

¡Ah! Si no fuera por el temor a esas bestias bravas nuestra vida sería deliciosa y transcurriría entre risas y besos en un perenne canto de agradecimiento a la naturaleza, que nos ha alzado a la vida criándonos bajo su tutela. Existen, claro está, algunos días grises y brumosos como el de la tarde aquella en que me caliento al amor de la hoguera, pero esto no nos perjudica en absoluto, porque entonces descansamos, comemos y nos amamos con delirio.

El cosmorama sigue adelantando y veo que ya tengo varios hijos,—unos muy pequeños y otros muchachitos

crecidos ya.—Los chicos juegan, gritan y pelean, en cambio los mayores nos acompañan a recoger leña e ir a armar trampas para la caza.

Más habitantes sólo hay allá muy lejos, a muchas leguas talvez, en una comarca donde yo nací y donde cuando fui crecido rapté, desde la guarida de su familia, a la adorable mujer que es mi compañera y madre de la numerosa prole que seguirá habitando en esta fértil y hermosa comarca.

Noto y me llama mucho la atención, de que la fisonomía de aquella compañera que tengo en esa edad prehistórica, sea la misma que ha tenido esa otra mujer que me ha acompañado en otras vidas posteriores, y la misma mía también cuando he cambiado de sexo.

Además ese primer rapto acusa como causa un efecto repetido después, cuando siendo pseudo gitana fui raptada por Enrique y llevada en un carruaje hasta Madrid, donde al fin fui ajusticiada inocentemente en el patíbulo por esos malditos verdugos llamados inquisidores.

La visión sigue y veo un día de sol esplendoroso, en que hemos ido a la espesura del bosque a armar un lazo para cazar algún gamo, con cuya carne abasteciéramos nuestra despensa, un tanto desprovista de alimentos. Mi esposa me acompaña como de costumbre, y en ese momento, mientras me ocupo en armar el lazo, ella se separa un tanto de mí, hasta penetrar a cierta parte del bosque poblado de muchos árboles que en lo alto unen sus copas en una maraña de ramas y hojas, que apenas dejan filtrar los rayos del sol y formar, en cambio, sobre la mullida alfombra de césped, menudos y caprichosos arabescos. Sobre ese césped se ven lucir flores rojas y amarillas que mi esposa ha ido a coger con toda alegría.

Más, en ese momento un agudo y penetrante grito hiere de repente mis oídos. Es un grito atrozmente angustioso que indica con fijeza absoluta la amenaza de un peligro inminente. Peligro que forzosamente debe signi-

ficar la muerte por un animal carnívoros y salvaje; un oso acaso, una serpiente u otro animal desconocido, que en aquella época existían a millares y todos casi de una talla verdaderamente gigantesca.

El grito lo he reconocido como dado por mi esposa, y hacia ella corro prestamente a defenderla lleno de angustia, en un trastorno de febril ansiedad, empuñando de una manera fiera mi nudoso garrote.

Miro y escudriño el bosque y fácilmente puedo ver entonces a mi compañera tendida de bruces en el suelo, mientras un oso de color pardo trata de morderla en medio de la espalda.

El fuerte y potente grito que dí tratando de espantar la bestia, fué suficiente para que esta se detuviera y permaneciera indecisa entre seguir con su presa o atacarme a mí, indecisión que hube de interrumpirle al momento, acercándome a ella y asestándole un terrible garrotazo que disuadió al monstruo a dejar la víctima y emprenderlas conmigo, atacándome furiosamente, bramando y queriendo a toda costa cogerme y despedazarme con sus potentes zarpas.

Lo terrible y angustioso de aquella situación no me impidió en absoluto ser prudente y al mismo tiempo audaz, que era el único medio de librarme del oso.

Rehuír la lucha yo no podía porque dejaba abandonada a mi esposa en poder de su enemigo, y porque, también, el sitio poco llano y cubierto de malezas no era a propósito para la fuga. Acepté pues la lucha en una forma fiera y dispuesto a defender mi vida y la de mi compañera con el máximo de valentía posible.

El feroz plantígrado trataba a toda costa de alcanzarme o quitarme el palo con un golpe de sus potentes brazos y yo me defendía a mi vez jugando al molinete con el garrote y asestándole, de cuando en cuando, furiosos golpes que el monstruo recibía lanzando espantosos rugidos.

En esos supremos momentos en que me jugaba la

vida y en que las fuerzas del destino me llevaban sin duda a la desgracia, otro angustioso grito de mi esposa me conmovió más hondamente. Rápidamente miro y me doy cuenta de que mi mujer va huyendo ante la presencia de la hembra del oso, que atraída sin duda por los fuertes y furiosos rugidos del macho venía en defensa de su compañero.

Desde ese momento comprendí la desigualdad del combate, porque si bien mi mujer no fué perseguida por la osa y se salvó, yo en cambio debía liquidar rápida y decisivamente la lucha con el plantígrado, puesto que ahora el peligro era mucho mayor, ya que tenía otro enemigo más con quien combatir y quizás superior en ferocidad al macho su compañero.

Ante la ley de conservación y al ver huír a mi compañera, confieso que pensé hacer lo mismo y salvarme; era necesario y prudente hacerlo así, pero no pude; me fué imposible a causa de estar cortada la retirada por la presencia de la osa, que me impedía el acceso al pequeño sendero que salía del bosque, que por lo demás era el único camino para salir de tan peligroso lugar.

Me creí casi perdido cuando noté que la hembra se acercaba furiosa impidiéndome la fuga, circunstancia que me obligó a retroceder hasta un árbol de grueso tronco donde pensé parapetarme.

Semejante determinación fué mi pérdida y mi muerte, porque estrechado entre la maleza, las lianas y los troncos de los árboles, los osos se acercaron rápidamente a mí, y no obstante mi valentía y los feroces palos que descargué sobre ellos, fui alcanzado al fin y estrechado en un potente y mortal abrazo contra el tronco del árbol donde fui triturado y quebrantados mis huesos como en un mortero de hierro.

Mi cuerpo fué pues un festín para los osos y otros animales de la selva, y las sobras posiblemente para las hienas y los chacales, que esa noche se hartarían pantagruélicamente con abundante carne humana y fresca.

## CAPITULO VIII

He rendido la existencia en un combate noble y santo, como debían ser todos los combates, he perdido la vida por defender a mi compañera en un rasgo de amor verdadero y puro, por una madre que en esa época y en ese momento era un emblema viviente de la humanidad futura.

Si es verdad que lo que había hecho era un deber, ese deber representaba el cumplimiento del amor al débil, al inocente e injustamente atacado; un sentimiento que a la par de heroico era un fiel exponente del santo precepto de AMAR A LA HUMANIDAD sin distingos ni timideces de ninguna especie. La acción ejecutada por mí era un hecho material y hasta si se quiere un rasgo de verdadera valentía, más en el fondo tenía gran relieve y mostraba mayor valor, porque exhibía al desnudo y con potencia absoluta el lábaro divino, el estandarte sacro de amor y redención al género humano.

Ese rasgo de amor me salvó y fué el motivo de haber sido más tarde un santo yoqui inclinado a la auste-

ridad y la penitencia que, en el fondo, era verdadero amor benéfico y directo hacia esa misma humanidad.

Empero la tentación me perdió: dejé la senda del sacrificio y corrí tras las flores de embrujados y engañosos colores, pero inodoras, llenas de espinas y punzantes hasta dar la muerte.

Los resultados de mi transgresión ya son conocidos y ello es un ejemplo para los que me oigan, me lean y quieran aprovechar una enseñanza que por desgracia se repite con demasiada frecuencia.

He seguido viajando en alas de mi fantasía, en alas de mi espíritu o en alas de mi castigo, y sólo he podido ver muy difícilmente algo impreciso que representa sin duda el proceso de la creación.

Sabemos que en la tierra la vida aparece al principio bajo los aspectos más sencillos, más elementales para elevarse por medio de una progresión constante, de formas en formas, y de especies en especies, hasta el tipo humano coronamiento de la creación. Gradualmente los organismos se desarrollan y afinan, la sensibilidad aumenta. La vida se desprende lentamente de las garras de la materia, el instinto ciego cede el puesto a la inteligencia y a la razón.

Este camino espantoso, esta escala de evolución progresiva, cuyos grados inferiores están sumidos en un tenebroso abismo, ¿los han recorrido todas las almas?. Antes de adquirir la conciencia y la libertad, antes de poseerse en la plenitud de su voluntad, ¿ha tenido cada una que animar los organismos rudimentarios y revestir las formas inferiores de la vida?. En una palabra, ¿han pasado por la animalidad? El estudio del carácter humano, que lleva aun grabadas las huellas de la bestialidad me induce a creerlo así.

Además, el sentimiento de absoluta justicia nos dice que tampoco el animal debe vivir y padecer sin más perspectiva que la nada. (1) "Una cadena ascendente y

---

(1) Denis.— Obra citada.

continua enlaza todas las creaciones, el mineral al vegetal, el vegetal al animal y éste al hombre. Los une doblemente en lo material como en lo espiritual. Estas dos formas de la evolución son paralelas y solidarias, no siendo la vida más que una manifestación del espíritu que se traduce por el movimiento."

He ido pues a analizar pacientemente el reino animal, he pasado cerca de todos los animales, me he compenetrado de todas sus costumbres, de todas sus pasiones y de todas sus necesidades, en una escala general, desde el mastodonte a los insectos y de la ballena de los mares hasta el último pececillo. He escudriñado su vida, su fiereza, su egoísmo, sus bajas pasiones y hasta sus dolores y sus alegrías.

Y todo en una rampla graduada de descenso que va siendo cada vez menos perceptible a medida que me voy acercando a sus especies más infinitesimales y hasta las creaturas inanimadas de los reinos vegetal y mineral.

Penetro ahí y puedo sentir hondamente el amor de las plantas por la conservación y procreación de todas sus especies. Veo su alegría al ser acariciadas en un concierto sinfónico de luz y de oro por los primeros rayos del sol de la mañana, por las gotas de rocío que besan y se cobijan cual lágrimas de inocencia en el hueco de sus hojas. Por el arroyo cristalino y amoroso que baña sus plantas o vivifica y lleva alimento a las raíces ocultas en la tierra.

¡Ah! esas plantas saben amar y saben también multiplicarse en forma sabia y amorosa; no en un proceso copulativo de unión animal, sino en el pólen maravilloso y fecundante que el céfiro mañanero arrastra y lleva hasta depositarlo en el seno prolífico de sus órganos generadores.

Y también saben llorar y sufrir con amargura cuando en un día o noche de tempestad son sus ramas azo-

tadas por la furia desencadenada del huracán o heridas de muerte por el rayo.

Y forzosamente llego a las rocas y a los minerales y aunque en este reino que lo consideran muerto, los sentimientos son casi nulos, un pequeño hálito de vida los anima y los conmueve en ciertas ocasiones; algo ignorado y fuera del alcance de los conocimientos humanos, pero positivo y verdadero en razón de esos dos polos de vida que se llaman amor y dolor.

Las rocas saben agradecer la tibieza de los rayos del sol después de una helada noche en que el viento, la lluvia o la nieve han azotado con furia ciega sus flancos y sus aristas. Como saben también amar las gotas de rocío que las refrescan y acarician despues de un día de canícula en que los rayos de un sol de fuego las ha tostado sin piedad.

Sólo hasta ahí he llegado, hasta asistir al proceso geológico de la tierra en que el apagamiento igneo daba lugar a la costra terrestre y a las rocas y cordilleras. A la vez a los vapores que formaron los mares, y en que a través de esa evolución pude ver el nacimiento de la vegetación, y casi al instante el de la vida que se llama animal en cuya época nació el hombre. Todo lo he visto, todo lo he llegado a saber en un misterioso viaje que desgraciadamnte no todos pueden hacerlo. Ese viaje estaba virtualmente terminado y debía regresar al punto de partida. Aunque esto es casi impropio puesto que según como se mire la cosa puede resultar primero lo último y último lo primero.

.....

El telón cambia en una mutación rápida y espíen-  
dente y me encuentro de nuevo en las gradas del bello  
pslacio encajado entre jardines, bosques y fontanas, y  
cercano al arroyo de límpidas aguas y arenas color oro  
que decoraba tan magistral y hechiceramente aquel be-  
llo y encantado país. Esta vez el palacio no está solita-  
rio como la vez primera. Ahora alguien me espera para

recibirme e introducirme al interior de esa maravilla, que tan cruel e inopinadamente me fué quitada de la vista para asistir al fúnebre espectáculo de ver mi cuerpo despedazado por las ruedas de un vehículo automóvil.

Mis ojos se recrean de una manera arrobadora al contemplar a la bella mujer que he conocido y hasta ha sido mi compañera, y yo mismo también, através de muchas vidas.

Se sonríe de una manera angelical, me brinda la mano que yo cojo enajenado de placer y me dice con una voz que me sabe a melodía de una música extraña y exquisita:

—Estáis en vuestra casa y en el sitio que debiérais haber estado hace mucho tiempo, pero que ahora habéis conquistado con vuestro trabajo, con vuestro dolor, con vuestro sacrificio y más que nada con vuestra conformidad para saber sobrellevar con humildad y entereza de alma los dolores de la vida.—Aunque ciego—continúa, haciendo un gesto maternal para que no la interrumpa—supiste al fin orientaros por la senda del bien, que es el único y posible camino para llegar hasta estos mundos de dicha donde existe la verdadera justicia y anida el verdadero amor.

Y tirando de mi mano me hace franquear la puerta del palacio y penetrar hasta un hall tan extenso y dilatado, que cuanto se diga en razón de medidas de longitud y latitud sería siempre pálido y poco. Un hall poblado por numerosísimas personas, todas jóvenes, todas hermosas, varones y mujeres, y en todos los rostros retratada la bondad, la humildad y la dicha más perfecta. Una muchedumbre que difería de todas las muchedumbres que son heterogéneas y diversas, pero que ahí era regular y única, con un sello especial e inconfundible de fraternidad y amor.

—Todos los que véis aquí—me dijo mi compañera—son seres iguales a vos, que han sufrido mucho en la tie-

rra y que a través de la escala de esos sufrimientos matizada con caídas y levantamientos, han conseguido liberarse del terrible monstruo del Egoísmo y llegar hasta aquí. Este es vuestro sitio y vuestra casa como igualmente es el sitio y la casa de todos, porque de otro modo no existiría igualdad. Igualdad tangible, severa y justa, igualdad verdadera y no utópica como pregona el egoísmo de los verdugos terrenales. Estamos en el reino de la justicia en que no se aquilatan doblones y linaje sino sacrificio y dolor.

Después de oír las palabras que tan sabiamente me ha dirigido mi compañera, palabras que por otra parte parece me han sumido en una especie de sopor o más propiamente en un éxtasis místico, me saturó y penetro de un amor extraño nunca sentido por mí e inconfundible y maravilloso que me hace nadar en un ambiente de verdadera dicha. Me parece que conozco a todos aquellos seres, desde luengos y remotos años; y amarlos con fraternidad avasalladora y absoluta de verdaderos hermanos de una patria augusta y grandiosa llamada Humanidad.

Oh! demasiado siento y comprendo sus alegrías como si fueran las mías propias; aunque esto no existe, puesto que aquello es un todo que vibra al unísono y obedece a un sólo mandato o a un sólo polo que se reduce a amor y a amar.

Y todos me miran, me halagan y me comprenden, me sonríen y me hacen grata, más grata aún, aquella morada y aquella compañía verdaderamente divinas.

Es una sociedad exquisita, fraternal, sincera, llena de cariño y atención y sujeta a un amor tan elocuentemente manifestado, que en verdad aquello no es más que una numerosa, feliz y fraternal familia que se orienta a una meta desprovista de temores de todo orden material, y que gira en pos de una órbita gigante y deliciosa impregnada de belleza, aromatizada de justicia y odorífera de amor.

Mi compañera me mira enagenada de placer, com-

prendiendo absolutamente cuánto yo pienso, como igualmente comprendo yo también que ella trata de llevarme a otro sitio donde de seguro deberé observar y ser testigo de otras maravillas.

Y subimos por una rampla florida hasta una terraza, una torre, o más bien un observatorio gigante construido en una forma tal, que todos sus costados estaban abiertos y por todos ellos se observaba la grandeza de aquel mundo que habitábamos, en que las distancias no existían, porque bastaba sólo el deseo, para uno trasladarse a los confines más remotos de aquel sitio ideal y dichoso.

Y en todas parte la luz, la eterna luz, la perenne primavera y el amor más profundo. Un país de leyenda, sin problemas, sin angustias, sin privaciones, sin riqueza y sin miseria. Aunque rico y muy rico era aquello, pero con una riqueza santa y bendita que manaba paz y felicidad por donde se le mirase.

Mi compañera me hizo subir más arriba todavía y me llevó a observar por un hueco del singular observatorio, donde mis ojos se extasiaron en la contemplación de un espectáculo, nunca imaginado ni nunca soñado por mente terrenal alguna. Visión resplandeciente de los mundos del universo que se veían ahí al alcance de la mano, claramente, nítidamente. En que se admiraba todo su esplendor de gloria y adelantamiento, en una sinfonía maravillosa de luz, de sonido y matemática trayectoria, y obedeciendo todo a una ingeniosa maquinaria dirigida y plasmada por un ser grandioso y omnipotente. Mundos de verdadera felicidad; en que todos los problemas están resueltos y todas las angustias y todos los dolores desterrados desde miles y miles de centurias.

Mundos, en que comparada con ellos la Tierra, queda a una distancia aún mayor que una aldehuela de negros del corazón de Africa en relación al adelanto de metrópolis como Londres, París o Nueva York. Mundos, en fin, en que los seres dichosos que ahí moran no tienen más trabajo que entonar el himno delicioso de un

fuerte y divino amor a la humanidad y de una bendición constante y perenne a la gloria de Dios. Y de una existencia tan larga sólo comparable a la órbita de esos mundos que es de cientos de años alrededor del sol; si como medida se toma el tiempo que la tierra se demora en dar una vuelta completa en derredor de ese mismo sol.

Mundos en que la vejez no existe, ni tampoco la fealdad y las enfermedades, que son producto del medio ambiente y de la cadena monstruosa de vicios y cruel egoísmo que corroe a los hombres terrenales.

Comprender esto, analizar esto, es impropia tarea y cosa difícil para ustedes, saturados como están de una comprensión limitada en una periferia tan estrecha, que puede ser comparable a la que recorre un pececillo dentro de una redoma de cristal, o un parásito sobre la superficie de un cuerpo, que posiblemente puede estimarlo como un mundo o un continente de dilatada longitud y latitud.

Es esta una explicación aproximada que puedo dar referente a la distancia que están de poder saber esto, y que, sin embargo, lo llegarán a saber y presenciar también, a través de muchas vidas aromatzadas y saturadas, todas ellas, con el bálsamo bendito del sufrimiento y el dolor.

Los individuos de esos mundos tienen medios adecuados para poder trasladarse a otros planetas, sin que sea óbice ni impedimento la densidad de las diferentes atmósferas. Esos seres están creados de cierta manera, en divorcio absoluto con las reglas de física y otras materias científicas terrenales, que los corifeos y sacerdotes de esas ciencias aplican, arguyen, dictaminan y exhiben con un criterio limitado y de acuerdo con los conocimientos adquiridos en la pobre tierra, negando o dudando que el planeta tal o cual pueda estar habitado, porque tiene una densidad atmosférica negativa para la vida animal. Todo, naturalmente, medido con el inocente e

ingenuo cartabón terrenal que además de limitado es incierto y profundamente erróneo.

Desde aquí se perfilan el gran Júpiter y el gran Saturno, este último con su arco voltaico o anillo luminoso gigante, con sus lunas y su foco generador interior, productor de luz y calor potentes, que le sobran y le bastan para mantener la vida sobre su superficie y hasta para almacenar y llevar electricidad al espacio por millones y millones de kilómetros. Por esa electricidad, que es a modo de una carretera o vía universal, se trasladan en forma rápida y en medio de blondos rayos, esos dichosos seres de que he hablado y que ustedes denominan espíritus maravillosos. El gigante Saturno no necesita pues de vuestro sol, aunque esté incluido por los sabios dentro de ese sistema o división planetaria.

Los seres de este plano—argumentó mi compañera—no tenemos esa cualidad de trasladarnos hacia otros planetas, ni tampoco la felicidad de recibir en nuestro mundo a tan agradables turistas o gloriosos mensajeros. El planeta que habitamos, que pertenece a uno de los siete planos de dicha, no es muy elevado; apenas es dos grados más alto que la Tierra de ustedes, pero de una desproporción enorme en lo que respecta a espiritualidad, justicia y amor a la humanidad. Nuestro plano aún evoluciona, como evoluciona todo en el universo, siguiendo naturalmente las instrucciones del Gran Todo o Sabiduría Universal. De acuerdo, pues, con esa evolución que aquí se opera en forma gradual, llegaremos a ir a esos mundos de felicidad, que de este observatorio tan bien divisamos; pero que, a pesar de ello, no deseamos ni ambicionamos, porque siempre de acuerdo con los preceptos de nuestro credo y del entendimiento que nos ilumina, ese solo deseo sería egoísmo y retroceso a la materia corrompida del planeta tierra. Esperamos—continuó mi simpática y erudita compañera—confiados y certeros, que a través de nuestra evolución llegaremos a esos mundos de felicidad, en alguna época que no nos

causé inquietud ni desasosiego y cuando el poder y voluntad de Dios lo determinen.

Mi introductora guardó un instante de silencio, sonriéndose y observando sin duda cuanto yo pensaba y deseaba, que como es lógico y natural no pensaba con la misma sabiduría de ella. Era un neófito que necesitaba instrucción y muchas lecciones aún, para orientarme en un mundo nuevo, de factura tan diversa y tan en pugna con la psicología y sociología terrenal, que me era forzoso incurrir en errores garrafales, disculpables naturalmente para quien todo lo ignora y quiere en cambio saberlo todo.

Por eso nada de extraño tiene que habiendo llegado recién de un mundo tan inferior, tan injusto y tan malo, deseara, no obstante, saber de ese mundo al que parecía tener apego, como acaso apego sienten a la cárcel los criminales recién egresados de ella. Y por eso claramente manifesté a mi compañera el ardiente deseo de ver por el maravilloso telescopio lo que pasaba en mi pobre patria de la tierra. Se lo hice presente así a mi adorable guía, quien al instante con una voluntad y afectuosidad dignas de aquel mundo ideal, me llevó al otro extremo de la torre, hasta cierta almena o puertecilla provista de un cristal en forma de antejo, por el cual sólo se podían ver en forma vedada a esos presidios del espacio llamados Marte y la Tierra. Mundos de color bermejo, (1) amorales, impíos y desobedientes a los amorosos llamados de la justicia universal; mundos que mostraban elocuentemente en su color impuro y sucio, la pestilencia y corrupción de una atmósfera impregnada siempre con la maldad de sus costumbres, y sobre todo con el egoísmo avasalla-

---

(1) El autor sin duda imagina que la Tierra tendría el mismo color de Marte, color que significaría amoralidad y maldad y no el de sangre y guerra que comúnmente se le asigna a este último.—N. del E.

dor y satánico que impera y orienta la vida animal de esos planos.

Antes de inclinarme a ver por el anteojo, mi gentil instructora me indica le dé mi opinión referente al año terrestre que correría la tierra, o más propiamente a la cifra o número que debiera corresponderle.

Tomando en consideración que yo creía haber muerto en el año 1931, indiqué como seguro ese número; a pesar de tener la evidencia de haber hecho un viaje experimental y retrospectivo a mis diferentes vidas que había tenido en la tierra; pero como ese viaje había sido efectuado con tanta rapidez y diligencia, creía no significara un atraso mayor de unas pocas horas o cuanto más de un par de días.

Mi instructora se sonríe y me dice:

—Qué equivocado estáis y a cuánto error os induce el resabio de un criterio estrictamente terrenal del que aún no podéis desprenderos por completo. La cifra exacta del año terrestre es la de 2161. Por consiguiente, la cantidad de años que abandonasteis la tierra es de doscientos treinta. Cifra completa—me añade— que comprobaréis con vuestra vista.

—¿Y dónde he estado yo durante tan largo tiempo?—le pregunto un tanto aturrido y desorientado.

—Aún no tenéis todo el grado necesario de sabiduría para comprender—me contesta.—Y por eso me formuláis preguntas tan inocentes; pero ese don lo tendréis en seguida y tan presto como recibáis la última prueba, o más bien, hasta que no veáis la última exposición referente a vuestro antiguo mundo, en lo que respecta a su esplendor y decadencia.—Vuestro desgraciado mundo—me agrega en un tono triste que por primera vez le noto durante nuestra conversación. De ese mundo que a tan buena hora abandonasteis, en el que todos hemos vivido nuestro ciclo de prueba y en el que sólo algunos hemos sabido argumentar y comprender con sabiduría, que únicamente el dolor y los sacri-

ficios alumbrados por un fuerte rayo de amor humano, podían haber salvado a ese bajel diminuto perdido en el espacio, ese pequeño y soberbio esquife, que aunque fuera un transatlántico de gigantesco porte, o un leviatán de los mares, no por ello estaría seguro de que en una brumosa mañana de invierno chocara con un iceberg o témpano flotante y se hundiera en medio de las olas, sin que ni uno solo de los tripulantes se salvara.

## CAPITULO IX

Me inclino y dirijo la vista, por medio del anteojo, hacia mi pobre tierra y la veo tal como si hubiera estado en ella misma. Analizo todo el grado de progreso y adelanto evolutivo que ha adquirido en doscientos treinta años que estoy ausente de ella, y que según el decir de mi compañera, que está presente y a mi lado, es la cifra exacta agregada al año 1931, fecha de mi muerte.

Efectivamente, los calendarios terrestres marcan el año 2161, y los relojes de la América del Sur, en lo que corresponde a mi país, las once de la mañana. Es un día de sol espléndido, en que el ajetreo, la aglomeración y la muchedumbre son incomparablemente superiores al cálculo más optimista de un habitante de mi tiempo. La capital de mi país la desconozco totalmente, poblada como está de rascacielos de cuarenta y cincuenta pisos, con ferrocarriles elevados y líneas, más elevadas todavía, de aeroplanos que transportan incansablemente pasajeros y más pasajeros del uno al otro ámbito de la ciudad, con campos o más bien platafor-

mas de aterrizaje en diferentes puntos; plataformas altísimas provistas de ascensores eléctricos que hacen fácil y expedito el descenso a tierra. Los aeroplanos, además de ser pequeños, son de un nuevo sistema autogiratorio, que permite aterrizar en un plano no mayor de cinco a seis metros cuadrados. Hay además pequeñísimos aparatos voladores para una sola persona, aparatos de poco costo y muy prácticos que usan los empleados y obreros para trasladarse a sus ocupaciones.

Siendo el tráfico por la vía aérea bastante extenso, ha debido reglamentarse por medio de vigilantes uniformados que mantienen el orden sobre un aparato que gira o hace girar velozmente su circunferencia exterior provista de alas, y mantiene fija la interior, sin cambiar de sitio el aparato, e igual acaso a los polizontes que dirigían el tráfico de automóviles en 1931, que hoy no existen por realizar el trabajo más eficientemente un poste eléctrico automático.

La locomoción urbana y rural es, puede decirse, gratuita, porque existiendo una sola clase en tranvías, autobuses, ferrocarriles y aeroplanos, los pasajeros no pagan transporte en esos vehículos que pertenecen a empresas del Estado, que por otra parte está libre de desfalcos y salva los gastos, en esas reparticiones, con una contribución especial parecida a la que cobra el Gobierno, para pensionar con una suma módica a todos los ancianos mayores de sesenta años incapacitados para el trabajo; al decir suma módica no he querido decir dinero sino valores de otra especie.

El número de industrias ha reducido al minimum el costo de la vida. Hay substitutos para suplir la escasez de leche, de queso, mantequilla, etc., substitutos perfectamente higiénicos y asimilables que se pueden adquirir en cualquier parte con un costo muy prudente.

Las telas para el vestido valen tan poco a causa de inventos realizados en tejidos de papel, de junco y

otras materias, que un traje muy decente para hombre o mujer tiene un valor muy reducido e igualmente un sombrero o un par de zapatos. En lo que se refiere al mobiliario pasa igual cosa, por lo que hoy en día no existen esos hogares de gente del bajo pueblo amoblados con extrema miseria, sórdidos y anti-higiénicos.

Al hablar de costo y valor de los objetos, no he especificado que esos valores sean convertibles en dinero, puesto que éste no existe desde hace más de cien años, y las transacciones se llevan a efecto por medio de una cuenta especial que tiene cada individuo en los grandes almacenes del Estado que, en síntesis, es el patrono regulador del gran ejército de miembros del trabajo o más bien de la industria; trabajo completamente obligatorio para hembras y varones de dieciocho a cincuenta años.

No existen, en consecuencia, los adoradores del dios Mammon sino los adoradores y cultores del dios Trabajo, en una forma entusiasta, sincera y de ninguna manera gravosa y humillante para nadie.

Referente al problema de la vivienda, él está ampliamente resuelto, ya que en las capitales y ciudades importantes hay grandes bloks o conglomerados de habitaciones llamados colectivos que ocupan manzanas de terreno y forman edificios de veinte o treinta pisos, provistos de almacenes, bodegas y restaurants para las necesidades de los locatarios, que por cierto suman miles, y todos educados bajo un régimen social muy distinto del que imperaba en 1931.

Los departamentos que ocupa cada familia están de acuerdo con el número de miembros de cada una y sujetos a una inspección especial, dándose importancia suma y capital al baño y pieza de aseo y prescindiéndose en absoluto de la cocina, ya que todas las personas de los colectivos comen en los restaurants que hay en esos edificios, en los cuales tampoco falta la biblioteca, el cinematógrafo, el departamento de radio y televisión, el teléfono, correo, etc.

En lo que concierne a la vida que se lleva en el campo, ella está regida por una patriarcal colonización colectiva y cooperativista. No existiendo casi el latifundio, no porqué se le haya perseguido y la propiedad se hubiera confiscado por medio de levantamientos y revoluciones, sino porque el progreso y el poquísimo costo de los objetos suntuarios originado por la super abundancia de producción, ha hecho utópica la riqueza, creándose por ello un sistema social diferente que ha lanzado por tierra todos los sueños y teorías de doscientos treinta años atrás, tanto en lo que respecta a la conservación de una era de privilegios y regalías para los que se llamaban ricos, cuanto en las ideas demagógicas de muchos que querían arrasarlo todo por el hierro y por el fuego, sin exhibir un substituto adecuado que pudiera reemplazar con eficacia lo destruído.

Por lo demás, ese substituto, o más bien palanca demoledora de la riqueza, ha sido el acopio portentoso de inventos, entre los cuales debe mencionarse en primera línea un lente poderosísimo que tiene la propiedad de penetrar hasta las últimas capas geológicas de la tierra. Este lente ha sido inventado en Alemania y con él se han descubierto verdaderas montañas de oro, yacimientos de carbón, petróleo, etc. Dicho aparato está basado en la vieja teoría de Crookes y sus famosos rayos para ver el interior del cuerpo humano.

Como es lógico suponer, con un descubrimiento semejante ha debido bajar el valor del oro y de las piedras preciosas a un nivel despreciable, y menos casi que el cobre y el hierro, metales a quienes la industria les asigna un rol mucho más importante y provechoso.

Por esta circunstancia, las minas de diamantes de Sud Africa han sido clausuradas, y el enorme stock que Inglaterra guardaba ocultamente de este carbono cristalizado para que no bajara de precio, se ha largado al mercado a precios irrisorios, como cualquier baratija de valor insignificante.

El padrón de oro ha debido abandonarse y optar todos los países por vales que circulan internacionalmente, y facilitan, en una escala generosa y pródiga, el intercambio de los productos del mundo; teniendo además la virtud de mantener latentes y fraternales las relaciones entre todos los países.

El transporte por la vía aérea es el medio de locomoción utilizado para los productos de la tierra, lográndose así consumir verduras y legumbres frescas en cualquier ciudad del país, por remota que sea su ubicación y bajo cualquier zona o cualquier clima que se halle.

Se le ha asignado un papel preponderante a la alimentación del pueblo, considerándose y poniéndose atención al mar, que brinda de una manera eficaz y portentosa, con poco trabajo y poco costo tantos productos alimenticios. Se han formado por esta razón poderosas empresas pesqueras que ejecutan el trabajo por medio de redes eléctricas, que atraen y fácilmente electrocutan a los peces sin sufrimiento de ninguna especie, haciendo un acopio tan grande de pescado, que éste y los mariscos se adquieren en los pueblitos mediterráneos a un valor ínfimo, que permite a todos sus habitantes consumir diariamente y en gran proporción tan agradable y nutritivo alimento.

El negocio de la pesca no puede hacerse ni es realizable hoy día, sino por medio de estas grandes asociaciones o empresas, porque el precio demasiado bajo del producto no compensaría en absoluto, si el Estado lo permitiera, el trabajo de personas que efectuaran dichas faenas en la forma que lo hacían los antiguos pescadores de 1931.

En lo que respecta a socialización o régimen imperante entre las clases del país, dichas clases están prácticamente abolidas, no de derecho sino de hecho, y esto desde hace más de cien años, reinando en el país una democracia ideal y social que hace nadar tranquilamente a todos en una verdadera balsa de aceite; tranquilli-

dad lógica y completamente natural que fluye sinceramente en el respeto y acatamiento que todos se guardan entre sí. Posiblemente por la educación de los individuos que ha llegado a un grado tan alto que, un anciano, una mujer o un niño, merecen toda clase de consideraciones y pueden, en un contratiempo o caso apurado, contar con la ayuda de cualquier persona desconocida.

La misma educación y la ética religiosa, divulgadas por la prensa, el libro y la radio, han contribuido a hacer bajar la delincuencia a un porcentaje fantástico. Los robos, asesinatos y asaltos acontecen en escala muy limitada, produciéndose los crímenes, más por dramas pasionales que por otra causa. Por esta circunstancia el año 2050, los componentes individuales, en lo que respecta a tropa de policía, fueron licenciados en un cincuenta por ciento del efectivo general, licenciamiento que ha debido aumentarse en un veinte por ciento más en el transcurso del año 2100.

Claro que la sociedad no está aún libre de crímenes y dolos de toda especie, más ello se debe en su mayoría a individuos malos, de sentimientos atávicos que han nacido con el estigma fatal y maldito de sembrar el dolor entre sus semejantes. De estos individuos hay un regular porcentaje en lo que concierne a asesinos, flojos, tahures, alcohólicos e idiotas.

Se habla en estos momentos de habilitar ciertas islas del océano Pacífico para edificar varios sanatorios, en los cuales serán internados hasta su curación completa tan peligrosos individuos. La legislación penal usa al presente el sistema preventivo, educacional y persuasivo. La pena de muerte está abolida desde muchos años, por juzgársele como un verdadero asesinato jurídico; tanto de acuerdo con la ética religiosa y cristiana como por las teorías lombrosianas imperantes, que establecen que los criminales son enfermos o locos peligrosos que deben estar encerrados bajo estricta vigilancia.

En política, o más bien como sistema de gobierno,

reina una especie platónica de república que tiene matices de diferentes ideologías y exhibe como jefe administrativo a un personaje que lleva el título de Gobernador. Cargo recaído generalmente en un sociólogo, pensador u hombre sabio, que amén de estas cualidades tenga las muy elocuentes de la virtud y ética espiritual. Un puesto o cargo poco fácil de adquirir y desempeñar, porque es realmente difícil ser un sabio y un virtuoso al mismo tiempo.

Las diferentes ciudades del país, previa la consulta a un Consejo compuesto de tres hombres ancianos, prudentes y honrados, que además otorgan justicia, se administran por sí solas y hacen frente a sus propios gastos administrativos.

El Parlamento o Congreso Nacional, en sus dos ramas, ha sido abolido por inútil y dañoso a la colectividad, por estimar ésta que los individuos que pretendían legislar sólo trataban de ganar un sueldo, atrapar prebendas y engañar lastimosamente a los electores con promesas doradas que nunca se cumplían. Está, pues, abolido el histórico Parlamento desde hace más de ciento cincuenta años. Aunque el edificio se conserva como una ruina mental o reliquia histórica, destinada a museo o ejemplo palpable de la mentecatez o candor idiota de los hombres de 1931.

En lo que respecta a seguridad interior y exterior, ella está completamente garantida, no por los decorativos Consejos Internacionales que nada internaban ni nada solucionaban, sino porque el acopio colosal de instrumentos de destrucción es un acervo común y general en todas las naciones, que hoy están densamente pobladas y armadas, siéndoles casi imposible el atacarse, máxime cuando ninguna tampoco dispone de un girón de tierra en África, Asia u Oceanía, ni menos de minas y pozos de petróleo. Por lo demás, todos los habitantes son soldados desde que nacen, ya que el manejo de los cañones, los rifles, los gases, los lanza-rayos, torpedos

aéreos, tanques y ametralladoras, es cosa común y corriente y entra en los estudios humanísticos, y aún en los de la escuela primaria. Esa instrucción, por lo natural, se da a los niños sin que salgan del lecho, por la mañana y por medio de aparatos receptores de radio.

El libro y la prensa han entrado por el carril de la honradez por la ética altruista de defender lo justo y lo sincero. Los hipócritas, los tartufos y los alcahuetes de la maldad, atrincherados entre las linotipias y la tinta, han escurrido el bulto y dejado el sitio para que ahí se planteen problemas de interés general que lleven a la sociedad a un nivel mayor de progreso, sin distinción de sexos ni de clases.

El problema sexual es lo único que pone un punto de interrogación sobre el tablero mundial y sobre las conciencias de los hombres honrados del país; sobre los pensadores y facultativos médicos que ven alarmados la degeneración de las costumbres, la vitalidad de la raza y la salud de los individuos.

La gran libertad que principió a imperar en las relaciones sociales de los dos sexos, desde principios del siglo XX, ha venido acentuándose más tarde en una forma, que en el siglo XXII actual, es un verdadero libertinaje. La ley del divorcio dictada por el Parlamento en sus postrimeros días, como igualmente la libertad individual, en lo que respecta a hacer de sí mismo, en sus huesos o en su piel, lo que a cada cual se le ocurra, como asimismo declarar que el llamado honor de la mujer quedaba abolido, estableciéndose un *modus vivendi* o *modus operandi* denominado Amor Libre, que hace correcto y social un verdadero concubinato, ha creado un salvajismo de costumbres que puede llevar a la sociedad a su total derrumbe o a la decadencia absoluta, tal como la del Imperio Romano en la época de Tiberio, Calígula y otros.

Encontrar hoy una mujer libre de alguna falta es cosa difícil y no al alcance de cualquiera, aunque no im-

posible, porque sin encender lamparillas a Castor y Polux, los dioses del pudor, hay familias en pleno siglo XXII que guardan como en un arca santa la fé plena y ardorosa de una moral salvadora, como igualmente las tradiciones sabias y cristianas de la virtud; luz sin duda sincera y espiritual que puede al fin sacarlas de ese medio corrompido de vida que anestesia el alma y la sume en los detritus groseros de la materia animal.

Esta lepra sexual es el baluarte en que se atrinchera el Egoísmo brutal de los hombres de esta tierra, que desde milenarias edades tiraniza a la humanidad en todos sus órdenes y en todas sus esferas, llevando a todas partes el hálito maldito de una doctrina satánica desprovista de amor y pletórica de interés personal e individual, que lleva a todos a esgrimir la quijada de asno y rendir honores a ese Moloch atrozmente materialista, que habiéndolo perdido todo, hoy forma un reducto desesperado en la pecaminosa y sórdida materia.

Esto que he visto es en lo que atañe a mi propio país, que por lo demás es un standard general en todos los países que hoy están gigantescamente adelantados, lo que da a comprender que todos han llegado al pináculo de su poderío y grandeza, no sólo en población, puesto que ella es diez veces superior a la de 1931, sino en portentosas obras de ingeniería, como aquella de haber cerrado toda la bahía del puerto de X... en mi país, con un molo o muro de hierro, piedra y cemento de trescientos metros de espesor por más de mil quinientos de longitud. Lo que ha permitido tener un fondeadero tranquilo a las naves, y haber ganado al mar una importantísima zona de terrenos que se han aprovechado en construir casas comerciales, bodegas y elevados colectivos en que se alberga parte de una población que llega a cerca del millón.

El gran túnel andino es otra obra grandiosa y sin precedentes en el terreno de las grandes construcciones de ingeniería, ya que se trata de un largo túnel de más

de doscientos cincuenta kilómetros de longitud por un ancho de doscientos metros, que sale de Chile y llega al mismo Mendoza, a unos cinco o más miles de metros de profundidad sobre las cumbres andinas.

Este túnel ha resuelto el problema de algunos siglos atrás, en que los temporales y las nieves interrumpían el tráfico del ferrocarril que había en esos años y que pasaba casi por la cumbre de la cordillera, ya que atravesaba sus flancos y utilizaba sólo un corto túnel que estaba a muchos miles de metros sobre el nivel del mar.

Se puede decir con absoluta franqueza y sinceridad que hoy América es una rival ventajosa de la Europa enferma, que en la actualidad se debate llena de angustia en una neurosis de último grado, que la lleva sin duda a la consunción y la muerte moral y material, agobiada en celos y resquemores y abrumada por la envidia, por el egoísmo y la super-abundancia de toda clase de vicios.

Posiblemente la América tenga igual fin, aunque por el momento posee la esperanza de tener muchos años por delante con los cuales poder gozar de una tranquilidad más o menos relativa. Este es mi parecer netamente personal, pero sincero, lógico y justo, y desprendido de la provechosa visita ocular que efectúo, que es necesario termine ya, porque la inspección a ese desgraciado planeta no me interesa, puesto que lo he abandonado y no lo pisaré más.

He querido dejar mi observatorio y retirarme a inspeccionar otras cosas más importantes de este bello y divino mundo donde moro y soy habitante desde tan poco tiempo; empero, mi compañera no lo ha permitido, rogándome analice y vea algo de importancia suma en lo que se refiere al porvenir del mismo egoísta planeta Tierra, que por añadidura no es muy brillante ni envidiable que digamos. Además—me dice—esta es una prueba o exposición netamente reglamentaria y obligatoria que deben realizar todos los que llegan a este mundo.

Mi instructora coge entonces el lente que me ha servido para observar a la tierra durante el año 2161 y lo coloca por el reverso, para que así vea la suerte que le espera o le depara el Destino en algunos cientos de años más, pocos o muchos, al fanático planeta portador de las masacres y las guerras, de la explotación humana y del crisol gigante del Egoísmo; baldón ignominioso único en el Universo y soberano mal ejemplo para todos los demás planetas.

Me inclino nuevamente y miro, y entonces observo a la misma Tierra como un barco cansado y al garete que ha perdido el control y vaga a la deriva, al parecer sin piloto, falto de energía y sin esperanzas de lograr un buen derrotero.

Se ve, asimismo, al esplendente Sol que navega por el dorado añil del firmamento seguido de su servil cohorte de planetas, cual un soberano acompañado de sus aduladores ministros en una recepción de gala, y a la miserable Tierra, que simula una nación de negros ante un Consejo de poderosas naciones o una mariposa insignificante ante un fuerte foco de alumbrado, hacer lo mismo que los otros astros, pero en una forma servil, humana y vergonzosa, cual una pariente pobre ante un patán o un comerciante enriquecidos.

El Sol avanza y sigue su camino y la tierra gira a su alrededor, cada vez más cansada, cada vez más falta de fuerzas, debido al escape de radium de sus entrañas que los egoístas científicos le han extraído y utilizado con fines innobles y guerreros. A cada vuelta alrededor del astro rey, que científicamente marca un año, se va distanciando más y más del grandioso Sol.

Al principio aquello no llama la atención de nadie, más al fin de unos cientos de años la frialdad del planeta se va acentuando en forma alarmante y desconso-ladora, que hace surgir interrogantes sobre un hecho crudo, evidente, grave y extremadamente frío, que los hombres de ciencia, en especial los astrónomos, tratan

de contestar, posando con gravedad las antiparras sobre la nariz, haciendo girar las torres de los observatorios, examinando por el lente y dictaminando en síntesis un craso error o un solemne disparate que naturalmente es aceptado como lógico e irredargüible, lo que hace suspirar con alivio a todos los egoístas del mundo; pero sólo por unos momentos, porque el calor no vuelve ni es el mismo, porque las nieves tampoco merman ni otras calamidades terrestres concluyen en forma alguna.

Sigo observando con atención y me sorprende ver salir chispas de la superficie de la Tierra que suben y caen a ella, lo que indica según mi compañera las almas de los individuos que mueren y vuelven a encarnar en esa misma tierra, en una forma tan copiosa y marcada que aquello semeja con toda propiedad un verdadero fuego de artificio.

Me abismo en la contemplación y exclamo lleno de arrepentimiento: ¡Oh, qué chico y miserable he sido viviendo en ese mundo, acordándome tan poco de Dios y no sabiendo bendecirlo como merece ser bendecido! ¡Qué cándidos e inocentes son los hombres que todo lo posponen al interés de las riquezas; sin recordar a Dios ni a la muerte y creyendo vivir eternamente en ese plano!

Noto con emoción que a la desgraciada tierra no le restan esperanzas, la distancia enorme a que está del Sol, por la falta de potencia anímica, por la falta de radium e imán necesarios la han dejado retrasada, cual un soldado rezagado en un país enemigo o en un desierto. La pobre no puede más y debe soportar su agonía, y entonces principian las calamidades terrestres.

El frío es enorme, aun en los desiertos africanos y en el mismo Ecuador. Las masas enormes de hielo arras-tradas desde los polos al centro del planeta, producen enormes inundaciones que se traducen en terribles marémotos en las costas de los cinco continentes.

Millones y millones de hombres han muerto por esta causa. Esas son las chispitas que yo noto. Los volcanes

se apagan y otros estallan asolando comarcas enteras en un vórtice terrible de muerte para ciudades y para habitantes. La vida poco a poco principia a ser imposible, no obstante el trabajo de los hombres y los inventos de los sabios.

La electricidad carece de fuerza, los campos no pueden producir porque es imposible sembrarlos, la nieve cubre casi toda la tierra, viene el hambre y viene la lucha fiera y enconada del lobo hombre, defendiendo o arrebatando algunas migajas de alimento que se han podido acaparar.

Siguen después la desesperación y la congoja, y para morir con gloria como han dicho algunos equivocados, éstos dicen muramos gozando, y ebrios y locos se echan entonces en brazos del deleite y la concupiscencia, en una bacanal macabra y monstruosa, en una febril e histerica zarabanda de ultratumba, al parecer celebrada por una legión gigante de fantasmas y esqueletos que remecen los huesos y castañetean los dientes.

Y en medio de esa bacanal la muerte llega y sume todo en la desolación y la tristeza. El agua y la nieve cubren todo, sepultan todo en una forma piadosa y en una tumba de inmaculada blancura, a los últimos vástagos de una humanidad mentecata, frívola y excesivamente materialista, gentil e impía, egoísta y sorda a las potentes clarinadas y angustiosos llamados del AMOR UNIVERSAL.

Veo que las chispas suben de la tierra y bajan a la tierra flotando alrededor de ella como un enjambre de moscas sobre una lepra o un estercolero de dimensiones colosales. Algunas de esas chispas logran salir de esa atrayente atmósfera un tanto muerta y nebulosa y se encaminan en dirección al parecer aquí, pero lo hacen con una marcha tan lenta que seguramente tardarán muchos años antes que logren su propósito.

La Tierra cada vez más se aparta del Sol, apenas si está alumbrada por unos débiles y mortecinos rayos que se-

guramente no le llevan vida alguna, ni siquiera a los animales más insensibles y resistentes, ni tampoco a las plantas de los climas más fríos.

El pobre planeta, cual un casco al garate de un barco abandonado, ha entrado a cierta parte del firmamento desprovisto de luz, hacia cuyo interior penetra en forma aflictiva; tristemente, trágicamente, cual un reo que entra al penal o un furgón fúnebre enlutado, siniestro y trágico, cargado de cadáveres, que se aproxima al foso a arrojar su triste cargamento.

Y las chispas diminutas siempre subiendo y siempre bajando a la superficie de ese muerto planeta que cada vez se perfila menos, hasta ser solo un puntito negro en la negrura pavorosa de esa atmósfera que al fin se lo traga y lo convierte en nada y absoluta nada.

—Esa es la noche cósmica—me explica mi compañera—es la muerte de la Tierra o más bien el castigo de ella durante millares de años, en un grado superior al día cósmico que ha gozado por el poder de un padre generoso llamado Sol y de la compañía de una humilde y tierna hermana: la Luna. Bondades y favores que la Tierra no supo agradecer jamás, puesto que la Humanidad en lugar de entregarse a una labor honrada y benéfica que le permitiera su evolución, ocupó su tiempo en la práctica de los vicios, en las guerras, la rapiña, los asesinatos y el egoísmo más atroz. Hubo lunares y hubo seres de comprensión más noble y elevada, que supieron sentir con el espíritu y agradecer con el alma los dones recibidos de Dios, y ellos son los que poblamos estos lugares y algunos poquísimos más que a última hora han conseguido libertarse y salir de esa obscura cárcel. Esos espíritus vienen en viaje y se demorarán muchos cientos de años más que los doscientos treinta de vuestra peregrinación.

Mi compañera me coge de la mano y me hace retirarme del veraz y justiciero telescopio y siempre con su

afectuosidad de hermana mayor continúa ilustrándome en su conferencia:

—Esas diminutas dhispas que habéis visto; que ahora están apagadas y girarán en torno a la muerta Tierra cual partículas microscópicas de carbón, son las legiones de individuos, espíritus castigados hoy, que nadarán en esa oscura atmósfera terrenal por centurias y centurias, hasta que el ciclo cósmico se concluya y la Tierra consiga salir a la vía, nó vida, de otro nuevo Sol que la atraiga con su potencia anímica de electricidad y calor y la lleve en su compañía, iniciándose la transfiguración, el milagro o la vuelta a la vida de un planeta negro, para tornarse en blanco por la purificación del dolor y el sufrimiento.

Y dando vuelta a la esfera me mostró de nuevo el lente en el que volví a ver a la Tierra. Llena de ajeteo, llena de esplendor, llena de pasiones, llena de crímenes y llena de egoísmo, pero demasiado sabía yo que era el presente, que en lo que respecta al futuro demasiado comprendía también el Destino que le aguardaba: claro y gráficamente expuesto: en la sentina de la muerte, en el vórtice de la penumbra, en la negrura pavorosa y horripilante de la Noche Cósmica.

.....

Hemos bajado de ese justiciero torreón o más bien observatorio mágico, donde he visto cosas que en la tierra posiblemente hubieran vuelto loco o tornado santo a quien las presenciara. Algo grandioso, maravilloso y a la par trágico y macabro, hasta conmover el espíritu y helar la sangre. Más, aquí, esos temores son pueriles y están desterrados por completo, tanto por el ambiente como por el polo anímico contrario que rechaza todo sentimiento de tristeza o de dolor.

Descendimos pues de la torre y entramos a otro compartimento de aquel misterioso y a la par bellissimo palacio, donde sentándose ella en una dorada butaca, hace que me mantenga de pie y fije la mirada sobre una

tersa superficie de la pared; una superficie negra y brillante que parece espejo y está ahí al alcance de mi vista.

Espejo que al mirarlo con atención, parece agitarse, brillantarse y adquirir mediana vida.

Y sobre esa superficie veo la historia de todos los mártires de la tierra desde sus comienzos hasta su fin. Mártires de todas las doctrinas, de todas las ideologías y de todas las razas, como también veo el castigo de todos los malos, de todos los déspotas y de todos los traidores, y como corolario a tan ruin acervo la apocalíptica sentencia: "Ojo por ojo, diente por diente".

Y en ese espejo me ví yo quemada en la hoguera en unión de Enrique, como también ví quemado en un incendio de una casa de los suburbios de París, trescientos años más tarde, a un viejo mendigo que era el mismo cruel y fanático Felipe II de España.

Y la visión continuó siempre, haciendo un balance o una exposición matemática y sabia de los muchísimos mártires que ajustició ese monstruo negro llamado Inquisición. Los mártires también de todos los tiempos y de todas las edades; desde los albores de la Civilización a las luces del Cristianismo, los de la Edad Media y los de la Edad Moderna que también mueren a millares triturados en esa rueda dentada y gigante llamada Egoísmo o bien en las zarpas de ese monstruo rojo y demoníaco llamado "Guerra".

La mayoría de esos mártires eran los hermanos que moraban en ese palacio, como los verdugos y los déspotas eran las chispitas diminutas que acompañaban a la tierra a través de la Noche Cósmica. Muchos de esos mártires, mis hermanos, eran más dignos, más trabajadores y más perseverantes que yo, seres que no habían jamás desertado, siguiendo siempre rectos una meta, un oriente o lampo de luz completamente veraz que les señalara la perfección y la virtud. Ahí moraban desde muchos años antes que yo, en aquel sitio de paz bendita

que al fin yo también he alcanzado por medio del Amor y del Dolor.

Y al volver a mirar la superficie del espejo me volví a ver de nuevo, tal como abandoné la tierra la vez última: pobre, viejo, despreciado e incomprendida mi inteligencia por imbéciles o por egoístas, nadando en una angustia innarrable de ahogo, en la cloaca de un mundo material atrozmente imbecil y ruin. Más, a medida que yo miraba aquel espejo, mi vejez iba desapareciendo para ser substituída por la juventud y la belleza, hasta al fin convertirme en la bella gitana esposa de Enrique.

Agradable y misteriosamente intrigada me palpo y compruebo que soy mujer, por lo cual vuelvo la cara hacia mi adorable compañera que continuaba sentada en el canapé a la que veo a su vez trasformada en aquel mi tierno Enrique de aquellos recordados tiempos deliciosos y a la par atrozmente siniestros y desgraciados; de aquel Enrique perdido desde tantos siglos; un Enrique al parecer solo una ilusión sujeta a desaparecer en el abismo insondable de la nada y sin embargo, ahí presente y a la vista.

¡Oh! es que no hay ninguna ilusión, aunque mentirosamente el mundo así lo diga y lo pregone!... El bien y el mal persisten a través de todos los tiempos y de todas las épocas, el uno lanzando dulces efluvios de amor y el otro vertiendo negros rayos de exterminio.

Son dos polos que emergen sobre la Tierra desgraciada que es por sí propia campo de experimentación, presidio o cárcel expiatoria en que laboramos y labramos los méritos con los cuales se llega a estos mundos maravillosos, en donde al fin he conseguido morar en unión de Enrique.

Y al caer en los brazos de él en un rasgo puro de amor santo, Enrique me indica nuevamente el espejo en cuya superficie veo al hombre prehistórico devorado por el oso, que naturalmente soy yo misma, y también

a su compañera que a la vez es el Enrique de ahora, y sobre estas dos figuras la corona radiante del DESTINO con la sentencia kármica: "Como premio al deber cumplido compañero del amor, caminaréis unidos a través de todas vuestras vidas. Estaréis muchas veces distanciados, pero alguna vez juntos para siempre."

La visión desaparece poco a poco, y yo y Enrique nos miramos a los ojos en un éxtasis de amor, nos sumimos en la contemplación muda y elocuente de una dicha labrada por el dolor y sujeta ahora a ser eterna, en aquel bello palacio encajado entre árboles, jardines, fontanas y flores, en un país maravilloso al cual es fácil llegar por medio del DOLOR Y LA VIRTUD.

**F I N**



EDICIONES CRISAMOR

Luz y Materia. — Ciencia y Análisis